

BOLSIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

Mavors, el murciélago

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



MAVORS, EL MURCIELAGO

PR Nº 562

Autor: Ralph Barby

ISBN: 9788402025203

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

EL «Ford-Granada» penetró suavemente en el aparcamiento privado del cuidado Maritime Golden-Star Club.

Las instalaciones del club marítimo eran de las más selectas y lujosas de la costa californiana al norte de Los Ángeles. Aquella noche de un sábado del caliente julio, tenía lugar una gran fiesta pro Alfred J. Sullivan, el elegante y cuidado ex senador que se presentaba optando a la candidatura de gobernador para California.

Dejó el automóvil bien aparcado, dispuesto para salir a toda velocidad en caso de emergencia, y se apeó del mismo.

Kirk Mavors, vestido con un impecable smoking, rebasaba la frontera del metro noventa y sus ochenta kilos le hacían parecer un tanto delgado, pero su estatura, unida a su peso, le convertían en un buen pegador y sus puños no carecían de dinamita según comentaba el cuidador del gimnasio de «box».

De pie bajo las estrellas que parecían flotar sobre el océano Pacífico, escuchando el rumor de las olas no muy lejanas, abrió su flexible pitillera de piel de avestruz. Extrajo un cigarrillo chino, de aroma suave y apenas perceptible, pero fuerte. Lo puso entre sus labios y con la llama de un fósforo, ya que no gustaba de los infalibles encendedores que tanto promocionaban en televisión, le prendió fuego.

El cuidador del parking se le acercó amable. Aquella noche había mucha gente importante en el Maritime Golden-Star Club.

—¿Tiene el coche bien, señor?

Mavors sacó diez dólares y poniéndoselos en las manos, dijo:

—Dele una pasadita, no me gusta el polvo.

—Oh, sí, claro, señor.

Dio un par de pasos hacia delante y luego se volvió para preguntar:

—Oiga, antes de entrar en la fiesta, quisiera saber si está ahí anclado el yate *Tlazolteotl* que va a salir a subasta.

—Sí, está en el muelle deportivo.

—Me gustaría darle un vistazo.

—Es de noche, señor y...

—Sólo un vistazo por fuera.

—Venga. Desde donde le indique, podrá verlo,

Mavors chupó el cigarrillo y agregó:

—Mañana en la mañana estaré de vuelo hacia Washington.

—Sígame por aquí.

Le abrió la verja de hierro por la que los coches y embarcaciones transportadas sobre ruedas penetraban en el área deportiva del elegante y caro club.

—Mire, es aquel blanco y azul que está allí a lo lejos.

—Voy a darle un vistazo por fuera. Puede cerrar la puerta, yo ya entraré directamente al club y gracias.

—Oh, sí, señor, claro.

Kirk Mavors caminó hacia el yate que se agrandó cada vez más ante sus ojos color avellana. En contraste, su cabello era negro, duro y abundante. Hubieran podido colgarle de él sin que le sucediera nada.

El yate era bello y lujoso. Pertenecía a un millonario sudamericano al que el cambio de régimen de su país había dejado sin sus vastas posesiones y tenía que vender su yate para seguir viviendo de su fortuna.

A Mavors le importaba muy poco aquel yate. Giró sobre sus pasos y se dirigió a la gran terraza del club. Había allí algunas parejas entre mesas y plantas, hablando y prometiéndose cosas que posiblemente ninguno de los dos cumpliría más tarde.

Cruzó la terraza casi como una sombra y quedó ya dentro del gran salón para fiestas del Maritime Gol-den-Star Club.

Aquella fiesta, anunciada incluso en la Prensa, en realidad era privada. La invitación costaba quinientos dólares y además estaban rigurosamente seleccionadas por un grupo de astutos personajes que movían la campaña del senador Alfred J. Sullivan.

Si Sullivan se había distinguido en algo a lo largo de toda su vida política era por su elegancia. Procedía de Filadelfia y se había afincado en California, casándose tres veces y siempre con mujeres millonarias cuando él sólo aportaba a sus matrimonios deudas que él llamaba «sin importancia».

Vivir sin hacer nada y ser el eje de campañas políticas requería mucho dinero que Sullivan no poseía. Por ello, aquella fiesta se celebraba como cosa muy normal, ya que sus competidores en la campaña también las hacían para recaudar fondos con que costear los gastos de promoción política.

Quinientos dólares por invitado significaban para el grupo de apoyo a Sullivan una cantidad sustanciosa, pero ni con mucho podía resultar suficiente para gastos menores, aunque ya no era secreto para muchos el lugar de donde salía la mayor parte del dinero con que Sullivan alimentaba su maquinaria política.

Kirk Mavors acababa de introducirse en la selecta fiesta privada pagando tan solo diez dólares y, además, le limpiaban el coche, claro que no era el dinero lo que le vetaba sino la rigurosísima selección de los invitados. Su nombre resultaba desconocido para el grupo de politic public relations que lo habría observado con recelo, tachándolo sin vacilación alguna.

Se acercó a la larga mesa donde se servían bebidas y canapés.

Una joven hermosa, alta, de cabello negro y ojos verdes, que vestía un traje de noche tipo «pijama» en color salmón pálido, extendió su mano para coger una copa de champaña y se encontró con la voz gruesa, rabiosamente varonil, pero cálida y justa en sus tonos de Kirk Mavors.

—Es agradable descubrir una flor en medio de tanto estiércol.

La bella mujer, de silueta espigada, pero altos y agresivos pechos, se volvió hacia él.

Sabía que allí no podía introducirse nadie que no fuera adicto a la campaña del ex senador Sullivan y cualquiera que hubiera pagado los quinientos dólares por la invitación tenía derecho a ser escuchado, dijera lo que dijera.

—Yo veo buenas bebidas y excelentes canapés.

—Cuando digo estiércol no me refiero a los canapés, a mí me gustan. —tomó uno de caviar iraní que desapareció en su boca. Luego, cogió otra copa de champaña igual a la de la mujer—. Y

cuando digo flor, sí me refiero a usted.

—¿No cree que la era del romanticismo quedó atrás? —preguntó escéptica, algo distante, pese a no escapársele la prestancia y masculinidad de aquel hombre que parecía despreciar cuanto le rodeaba.

—Para una mujer, el que la comparen con una flor, jamás pasará de moda.

—Hum, parece muy seguro de sus palabras. —hizo una ligera pausa y sin dejarle hablar, poniendo su copa de champaña entre sus senos, a escasa distancia de ellos, preguntó—: ¿Y con qué flor me compara a mí?

—Con una rosa.

—¿Por qué una rosa y no una orquídea?

—La orquídea es muy bella y duradera porque no se quema en sí misma. Es fría y distante, me recuerda a las mujeres bellas, pero gélidas, tan solo preocupadas por sí mismas.

—¿Y las rosas no son tan frías? —inquirió con cierta malicia.

—Las rojas tienen el calor y el color de la sangre que brota después de una cuchillada.

La mujer parpadeó perpleja.

—Tiene usted una forma muy particular de expresar lo que siente. ¿Le gusta la violencia?

—Un amor sin unas puntadas de violencia, no es amor, es sólo compañerismo o conformidad.

—Si escribe todo eso que piensa del amor en un libro, va a tener más éxito que el folletón de Love Story.

—Por suerte para el mundo, no soy escritor. Sólo soy un hombre que siente y piensa, y cuando le parece, lo expresa.

Bebió de un solo trago toda la copa de champaña ante los ojos verdosos de la joven.

—Espero que en otra ocasión volvamos a vernos, Dy. Ahora tengo una cita con Spyro y allí lo veo.

Dy volvió la cabeza, identificando a Spyro, el alto y fuerte Spyro. En su juventud había sido cantante, pero había perdido la voz sin saber nadie cómo. Ahora, la tenía rota, desagradable, y más que autoritaria, despótica.

—Oiga, ¿cómo sabe mi nombre?

—Sería estúpido no conocerlo. Ya nos veremos, Dy.

Dy se quedó sin conocer la identidad de aquel hombre que le había hablado de forma tan especial y al que vio acercarse al alto Spyro, de sienes plateadas y ojos pequeños que se escondían tras unas gafas oscuras, casi negras.

Junto a él estaban dos hombres de unos treinta años, más altos y fornidos aún. Eran sus dos agentes guardaespaldas que vestían smoking como él, aunque Spyro los llamaba «los muchachos para trabajos de relaciones públicas».

Kirk Mavors sonrió al llegar ante Spyro que semejaba observar la brillante fiesta con aire de triunfador, como si fuera él el promocionado y no el elegante y siempre atento Alfred J. Sullivan.

—Alegres noches, Spyro.

—Lo siento, amigo, no le conozco —rechazó Spyro disponiéndose a caminar en otra dirección.

Los dos guardaespaldas, al escuchar aquellas palabras del hombre que les asalariaba, se pusieron en tensión, como búfalos dispuestos a embestir.

—No se marche tan pronto, gran mecenas de Sullivan. No he venido a hablarle de su hombre de paja.

Spyro se detuvo y le miró cara a cara a través de las oscuras gafas. Mavors pudo darse cuenta de que fruncía el ceño y enarcaba las cejas mientras sus labios, apenas visibles por lo escasamente carnosos que eran, se apretaban amenazadoramente.

—¿Cómo se llama?

—Kirk Mavors.

—No creo haber visto ese nombre en la lista de invitados a esta fiesta privada.

—Debe tener una memoria excelente, Spyro, le felicito por ello, pero la verdad es que mi nombre es Fullwer.

—¿Doble nombre?

Los dos guardaespaldas miraron interrogantes a Spyro esperando una orden de éste para sacarlo a golpes del club.

—Sí, pero Fullwer es el auténtico.

—Fullwer tampoco me dice nada.

—Es lógico. Para el mundo, Fullwer está muerto —aclaró cínicamente—. Yo soy un hombre muerto, Spyro, por eso nadie puede matarme ya.

—Ha bebido demasiado, Fullwer o Mavors, como se llame. Creo

que mis muchachos le harán el favor de acompañarlo hasta la puerta sin que haga alborotos. Me temo que ha utilizado alguna artimaña para colarse en la fiesta sin pagar y sin ser invitado.

—Unas invitaciones que cuestan quinientos dólares son un poco caras —observó con sarcasmo— claro que cuando usted me dé un millón de dólares podré permitirme esos lujos.

—¿Un millón de dólares ha dicho? —Spyro rio ligeramente—. No creí que el champaña californiano que se sirve esta noche fuera tan fuerte.

—No es el champaña, Spyro, es el deseo de tener un millón de dólares que usted me dará cuando yo se lo indique.

—No sea estúpido, Mavors, Fullwer o como quiera hacerse llamar. A Spyro nadie le hace chantaje porque es eso lo que torpemente trata de hacerme, ¿verdad?

—Piense en un vuelo Los Ángeles-Sacramento de ocho de febrero del corriente año. Piénselo bien y verá cómo no es tan malo pagar un millón de dólares para un hombre que, como usted, tiene tantos. Ahora, sigan revolcándose en el estiércol del Maritime Golden-Star Club.

Kirk Mavors les dio la espalda y se alejó. En él se hallaban clavadas varias miradas.

—Spyro, ¿quién es ese joven que te ha estado hablando?

Spyro volvió su mirada hacia Dy que acababa de acercársele.

—Es un hombre que no llegará a viejo. Discúlpame, Dy, enseguida estoy contigo.

Kirk Mavors pasó al parking.

El empleado había dejado limpio su automóvil descapotable. Le sonrió amable y abrió la portezuela.

—¿Tan pronto se retira, señor?

—Sí, tengo alguna prisa.

Abrió la guantera después de darle a la llave del contacto. Manióbró hacia atrás y se dispuso a dirigirse a la salida del parking cuando, de repente, un «Chrysler» oscuro, modelo setenta y dos, se le cruzó impidiéndole la salida. De su interior brotaron dos hombres que no inspiraban confianza alguna pese a sus trajes de doscientos dólares.

Kirk estiró su mano hacia la guantera al tiempo que, por el espejo retrovisor, vio venir a los dos muchachos de relaciones

públicas de Spyro.

Puso marcha atrás y pisó el acelerador hasta el fondo, subiéndose al cuidado césped y aplastando algunos macizos de flores.

Giró en «L» dejando delante a los cuatro tipos que se le habían acercado y no precisamente en plan de diálogo.

Quisieron reaccionar cuando por el costado del ala encristalada y movable para dirigir el viento, asomó el gruño cañón de una desconcertante arma que Kirk Mavors no vaciló en disparar.

Los cuatro hombres quedaron perplejos creyendo que les habían disparado un cañonazo, pero sobre ellos se extendió una gran red de nylon que había salido plegada, pero que les atrapó a los cuatro.

Torpemente, se apresuraron a quitársela de encima como si se tratara de una tela de araña.

Cuando el primero de ellos consiguió salir de la red pudo ver que el «Ford-Granada» de Kirk Mavors, en rápida y arriesgada maniobra, había rodeado el «Chrysler», disponiéndose a la fuga.

De súbito, algo voló por el aire. Era un cóctel Molotov. La botella de cerveza estalló sobre el automóvil, se produjo la explosión y se incendió inmediatamente.

Las llamas alcanzaron gran altura e iluminaron la noche.

De inmediato, toda la gente que se hallaba en la fiesta salió a la terraza y ventanales para ver lo que ocurría. Sólo pudieron observar un automóvil ardiendo y a cuatro hombres que lo contemplaban desconcertados.

Cerca de Spyro, que tras sus gafas oscuras tenía el ceño fruncido, alguien comentó:

—Siempre hay anarquistas que arrojan cócteles Molotov en los mítines políticos. Deberían colgarlos a todos.

—Sí, deberían colgarlos —asintió Spyro despacio ante el fracaso de sus hombres.

CAPÍTULO II

SPYRO era propietario de un rascacielos en el shopping center de Los Ángeles.

El edificio estaba dedicado a oficinas comerciales, compañías importadoras y exportadoras, bufetes de abogados e intermediarios en todas las áreas del comercio.

En la planta baja se ubicaba un pequeño Banco llamado Progress Bank tras el que se escondía el propio Spyro, quien tenía reservadas para él las tres plantas superiores del rascacielos, incluida la gran terraza con piscina.

El edificio no tenía nombre, pero el mundo del hampa le había dado uno: La Tapadera Building.

Spyro, embutido en una suave bata, se hallaba acomodado en una mullida hamaca junto a la mesa y bajo una sombrilla floreada, cerca de la piscina de su rascacielos.

Tendidas junto al borde de la piscina, había media docena de chicas, todas ellas jóvenes, hermosas, luciendo mini bikinis. Tomaban el sol en posturas indolentes, un tanto sensuales.

Spyro controlaba sesenta y dos clubs nocturnos en California, gran parte de la publicidad de una estación televisiva y era propietario de una emisora de radio, aunque su nombre no figurase por parte alguna.

Poseía también dos hoteles y tenía acciones en muchos puntos interesantes de Hollywood.

Se sospechaba, aunque no había podido probarse, que controlaba gran parte de la prostitución, trata de blancas y apuestas de carreras ilegales. Por si fuera poco, ni siquiera descuidaba

algunos negocios de boxeo, aunque otros nombres aparecieran en su lugar.

Desde lo alto de su Tapadera Building, manejaba todos los hilos que anualmente le producían ingresos fabulosos. Por ello, no era extraño que muchas chicas que querían prosperar en el mundo de las candilejas fueran muy mimosas con Spyro.

No era fácil acercarse a Spyro sin que éste hubiera dado autorización, quienes lo intentaran se habían dado cuenta de ello.

Dos docenas de hombres uniformados, con revólver y porra al cinto, controlaban su Tapadera Building y un grupo más selecto y cuidado (que le acompañaba en sus desplazamientos) se hallaba en lo alto, adonde era prácticamente imposible llegar sin que él no hubiera dado la orden de dejarle pasar.

Sonó el zumbador del teléfono que tenía sobre la mesa. Spyro lo tomó, preguntando:

—¿Qué hay?

—Emerson quiere verle —advirtió la voz de uno de sus hombres.

—Que suba a la terraza.

Tras colgar el auricular, Spyro chasqueó sus dedos. Las chicas que adornaban la terraza, mucho mejor que pudieran hacerlo las flores, se fueron levantando un tanto remolonas.

Al pasar cerca de Spyro le sonrieron obsequiosas mientras oscilaban intencionadamente sus anatomías al caminar. Desaparecieron tras las cristaleras y un hombre de Spyro las siguió para asegurarse de que iban a los vestuarios.

Poco después llegó Emerson con un portafolios negro en la mano.

Emerson era un hombre bajo, de escaso cabello y gafas con gruesos cristales. El labio inferior le colgaba tanto que producía una impresión rara en sus interlocutores.

Con paso rápido, casi escurridizo, pese a que estaba bastante gordo, se acercó a Spyro sentándose frente a él.

—¿Quién te ha dicho que te sientes, Emerson?

Emerson se sonrojó ligeramente. Se puso en pie y Spyro le dijo entonces:

—Siéntate.

Emerson, el ayudante del fiscal del distrito, se sentó tratando de forzar una sonrisa. Se sentía humillado. Spyro acababa de

puntualizarle que quienes trabajaban para él eran prácticamente sus siervos, que le gustaba tenerlos sometidos bajo la planta de sus pies, y él tuvo que tragarse la situación con una sonrisa servil.

—Es muy arriesgado meterse en los archivos policiales.

—Para eso te pago, Emerson —le dijo Spyro. Poniendo su vaso por delante, ordenó—: Sírvenme.

Emerson soltó el portafolios. Tomó la botella y comenzó a escanciar whisky en el vaso. Spyro le observó.

—El pulso te tiembla, Emerson. Deberías visitar a un buen médico, no me gusta tener hombres a mi servicio con el pulso tembloroso. Siempre pienso que tratan de ocultarme algo y que me temen.

—Spyro, le recuerdo su promesa de que me haría fiscal del distrito cuando sólo sigo siendo el ayudante.

—Hum, el gobernador actual no es propicio y tú lo sabes, Emerson. Cuando desapareció Clevery, tú tenías que haber ocupado su puesto, pero, en fin, los imponderables, claro que enseguida que nuestro Alfred J. Sullivan ascienda a gobernador, no sólo serás el fiscal del distrito sino que tendrás su total apoyo. Mientras, no protestes demasiado, que ya te pago y muy bien por cierto.

—Mi trabajo es arriesgado, Spyro.

—Ten cuidado, Emerson, no me gusta que me pidan demasiado. Soy generoso cuando creo que debo serlo y a ti ya te pago más que bien cuando sólo eres un gusano para mí. Sigue obedeciéndome, y a la par de no faltarte dinero, tendrás un porvenir incluso político. Tú has salido de la nada, nadie te conocía. ¿Cómo piensas que ibas a ser un fiscal importante si yo, Spyro, no te apoyara? Vamos, vamos, Emerson, esos cuentos de que aquí el que sale de la nada puede llegar a presidente, sólo se lo creen en los kindergarten.

—Algunos sí han subido de la nada.

—Tú no sabes quién pudo protegerlos cuando hacía falta —dijo suficiente—. No te fíes de muchos de esos que proclaman que nadie les ha ayudado y que han subido por sus propios medios. Lo que ocurre es que quien les protege es muy importante y no desea que su nombre se airee. Ahora, ¿qué hay de Fullwer?

—¿Fullwer?

—Sí, Fullwer. A eso has venido, ¿no?

—Sí, sí, claro. Aquí traigo una fotocopia, la he sacado de los

archivos policiales. —abrió el portafolios y extrajo varias fotocopias, una de las cuales Spyro se apresuró a tomar entre sus manos.

En ella podía verse a Fullwer de perfil y de frente.

—Este es el tipo, sin duda alguna.

—Me alegro de que sea el mismo, a veces hay suplantación de personalidad —observó el ayudante del fiscal.

—Por lo visto, estaba bien fichado. Edad, veintinueve años. Nacido en Nueva York, expósito. Escapó del orfelinato de Albany y fue ingresado en un reformatorio tras cinco robos con escalo y nocturnidad. Escapó también del reformatorio y por su forma de actuar se le apodó el Murciélago.

—Era un tipo muy singular. Fue un bien para la sociedad que muriera.

—¿Muriera?

Spyro frunció el ceño tras las gafas oscuras, de cristales completamente circulares.

—Sí, murió el ocho de febrero, al caer el avión Los Ángeles-Sacramento. Se hundió en el Pacífico junto con noventa pasajeros más del «Boeing» en que viajaba.

—¿Su cadáver fue rescatado?

—Se recuperaron muy pocos cadáveres de aquel infortunado accidente aéreo. Los restos del aparato se hundieron en el océano que luego resultó estar infestado de tiburones.

Pensativo, aceptó:

—Sí, pero ¿no podría ser que ese Fullwer no hubiera subido al avión?

—En la lista figuraba su nombre. Hacía dos años que había cumplido condena en la California State Prison.

—¿Cuál era su delito?

—Un ajuste de cuentas, en el tribunal sólo se le pudo probar homicidio involuntario. En realidad, el Murciélago era un sujeto peligroso. Según los informes, se le atribuyen siete asesinatos.

—¿Y sigue suelto? Creo que os ganáis muy mal la paga que os entregan los contribuyentes —observó Spyro con sarcasmo.

—Siempre ha sabido escabullirse, no se le ha podido demostrar nada.

—¿Y para quién trabajaba?

—Según los informes policiales, era un solitario, que resultan los más peligrosos, claro que ahora no hay que temer, ya ha muerto.

—Un desaparecido no es nunca un muerto total —gruñó Spyro—. Siempre se producen sorpresas.

—¿Cree que ese Fullwer tiene relación con el que tiró el cóctel Molotov en el Maritime Golden-Star Club?

—Emerson, deja aquí estas fotocopias y ya puedes largarte. Cuando vuelva a necesitarte, ya te llamaré. Por cierto, uno de mis muchachos está en una celda de la estación veintidós, sácalo.

Emerson puso mala cara.

—Sí, se trata de Collins —gruñó—. Tuvo una reyerta y le pegó una puñalada a un hombre que iba con su pareja a un club nocturno.

—No importa, sácalo. Di que el otro le provocó, arréglalo como quieras, pero sácalo. Mis muchachos no pueden perder su confianza en mí. Por cierto, creo que ese tipo era un drogadicto, hazle analizar la sangre y si demuestras que estaba de «viaje», todo será fácil para Collins, y ya está bien de decirte lo que tienes que hacer.

—Haré lo que pueda.

Sonó el teléfono y Spyro lo descolgó.

—¿Qué hay?

—Al otro lado está el ex senador Sullivan.

—Bien, línea directa —tapó el micro y miró expresivo a Emerson—. Vamos, ya ha terminado tu trabajo aquí y no te olvides de lo de Collins.

—Spyro —llamó la voz de Sullivan al otro lado del hilo.

—Sí, Alfred. ¿Qué demonios te ocurre?

—¿Cómo fue la recaudación del Golden-Star?

—Bien, muy bien, no te preocupes. Ya sabes que yo llevo tus cuentas, lo que siempre significa pérdidas para mí. Gano cincuenta y tengo que poner quinientos en tu cuenta para que puedas seguir adelante.

—Spyro, ya sabes que te lo agradezco. Cuando sea gobernador...

—No quiero promesas, me gustan los hechos. Yo te subo y tú obedeces. Por cierto, ¿ya le has dicho a tu hija Dy que se casará conmigo una semana después de que seas nominado?

—Pues no, todavía no se lo he dicho. Dy es una chica muy independiente y hay que decirle ciertas cosas con suavidad. Su

madre, mi segunda esposa, fue la más independiente.

—Busca el momento, Alfred, pero Dy se casará conmigo. Firmará un contrato al respecto antes de la votación que ha de nominarte. Ya sabes que cuando algo falla me pongo de muy mal humor y tú no querrás que te hunda para siempre, ¿verdad?

—Oh, no, claro que no, Spyro. Para mí será una garantía que Dy se case contigo, de esta forma nuestra sociedad será además familiar.

—Eso es, Alfred. La verdad, las chicas me sobran, pero Dy es algo especial, tan educada, tan selecta y altiva. Ahora tengo dinero y poder y es el momento de comenzar a darme una gruesa capa de barniz para quedar entre los prohombres respetados en todos los aspectos.

—Claro que sí, Spyro. Por cierto, hay un yate llamado Tlazolteotl en el Maritime Golden-Star Club que va a salir a subasta. Puede ser una ganga y a Dy le gustaría mucho poseerlo. Sería un detalle por tu parte para cautivarla, y si quieres ser un personaje lo mismo aquí en California que en Cannes, Montecarlo, Mallorca o Capri, ese yate no te vendría nada mal.

—Un yate grande vale mucho dinero, Alfred.

—Para ti es una bagatela. Por cierto, ¿qué hay de aquel loco que tiró el cóctel Molotov, lo busca ya la policía?

—No, a ese tipo lo busco yo y seré más efectivo, te lo aseguro.

Sus ojos quedaron clavados en las fotografías de Fullwer, grapadas en la ficha policial, aunque aquello sólo era una punitiva fotocopia.

CAPÍTULO III

AL sur de la bahía de San Francisco, desde donde podía divisar el puente de Golden Gate, bajo una ligera bruma de madrugada, se hallaba el Iguana Club.

El local no era de los elegantes de San Francisco, pero a él acudía mucha gente de toda condición, ya que se sabía que había varias clases de juego pese a las protestas del policía del distrito.

—Ya queda poca gente —observó Pietro, el propietario del local.

—Ha sido una buena noche, patrón, como todas —le respondió su jefe de camareros.

Pietro era un norteamericano de origen italiano nacido en Palermo, pero emigrado junto a sus padres cuando tenía diez años. Por ello, ya no se le había quitado el acento italiano y aunque se había puesto el sobrenombre de John Adams, había terminado por seguir llamándose Pietro.

Bajo de estatura, pelo revuelto, comenzaba a meter kilos sobre sus huesos y la vida parecía irle muy bien dentro del hampa en que se desenvolvía.

Irene Roja, la chica que cerraba el show de madrugada, cuando apuntaba el alba, concluía su número de striptease que ella realizaba a la perfección y con toda su maliciosa intención.

Era una chica hermosa, algo más alta que el propio Pietro, delgada, pero bien formada y el apodo de Roja le venía de su abundante cabellera pelirroja.

—Da la orden de abandonar la sala por cierre y que saquen a los borrachos como de costumbre.

—Sí, patrón.

Cuando finalizó el número, el jefe de camareros habló por el altavoz e Irene, cubierta por una capa, regresó al camerino.

Allí se encontró con Pietro.

Este la miró con ojos muy entusiasmados y ella sonrió un tanto forzosamente. Cualquiera hubiera intuido que Pietro no era el hombre de sus sueños.

—Estoy cansada, la noche ha terminado.

—Lo has hecho muy bien, como siempre.

—Gracias, es mi obligación, para eso me pagas.

—Sí, claro, te pago para eso y para otras cosas más.

Se le acercó y ella hubiera sido tonta de no captar sus intenciones.

—Estoy cansada.

—Siempre me dices lo mismo, y el día que te contraté quedamos que...

—Lo sé, pero yo he demostrado que valgo. El público me acepta muy bien.

—No hay olvido de promesa, Irene. Lo siento, una palabra es una palabra.

—Bueno, espera a otra ocasión.

—No, ragazza, esta noche te vienes a mi apartamento.

—¿Esta noche?

—Vamos, Irene, no deseo ser brusco con una ragazza como tú. No me gusta que me engañen y tú no querrás que alguien te encuentre en un callejón con la cara desfigurada y algunos huesos rotos, ¿verdad? Ya no podrías subir más a una pista.

—Está bien. Sal mientras me cambio.

—¿Para qué? Quiero que vengas con esa capa.

—¿Con esta capa? Si estoy...

La mujer no terminó su puntualización, aunque la protesta era obvia.

El hombre estiró su mano ciñéndola por la cintura. Atrayéndola hacia sí, la besó en los labios.

Irene se resistió un tanto y cuando consiguió apartarlo, vio sus ojos enfurecidos. Temiendo una dura represalia, se apresuró a decir:

—Espera hasta tu apartamento, Pietro, no seas impaciente.

Pietro dulcificó su mirada y se rio. Cogió a la muchacha por el brazo y la sacó del camerino. Era latino y temperamental y hacía

mucho tiempo que había comprobado que enamorando a las mujeres tenía pocas posibilidades de éxito. Por ello, había escogido un camino más canallesco para obtener sus propósitos.

Irene Roja subió tensa al automóvil de Pietro. Este no se preocupó de ella y pisó el acelerador a fondo para abreviar el camino hasta su apartamento al que no tardó en llegar.

Cuando Irene Roja cruzó el dintel de la puerta, se resignó a su destino. Había luchado demasiado y, total, para obtener un trabajo que en nada la dignificaba. Se preguntó si todas terminarían igual.

—*Ragazza, io* te haré feliz ésta y *tuttas* las noches.

—Me temo que no vas a tener tiempo, Pietro.

Pietro quedó sorprendido ante aquella presencia extraña.

Instintivamente, se llevó la mano a la chaqueta, pero su visitante le advirtió:

—Si no quieres irte al infierno, baja las manos despacio.

—¿Quién eres tú?

—Dile a la chica que se largue o mejor la encierro en un armario.

—¡No, por favor, no me encierre! —suplicó Irene.

—Pues quédate sentada en el sofá. La verdad es que no había pensado en ti, preciosa.

—¿Quién eres tú? —insistió Pietro.

—Me llamo Mavors, Kirk Mavors.

—No te conozco.

—Sí, eso suelen decirme a veces, pero yo sí te conozco a ti, Pietro.

El italiano observó la pistola con que era encañonado; no le hacía gracia alguna.

—¿Quién te envía?

—Nadie, trabajo solo.

—¿Trabajas solo, acaso buscas empleo? Yo puedo dártelo, si es que sirves para algo.

—No me hace falta tu trabajo, Pietro, sé arreglármelas solo. Ahora, ponte boca abajo y con las manos a la nuca.

—¿Qué pretendes?

—Aligerarte de la artillería.

—Puedo darte la pistola. No es necesario que yo me ponga en el suelo.

—Al suelo, Pietro, o comenzaré a disparar y te aseguro que no te volaré la cabeza enseguida. Primero un brazo, después una pierna, más tarde otro brazo y finalmente la otra pierna.

—Está bien, está bien, por la *madonna*, no te molestes.

Irene, desconcertada y agradecida por la inesperada presencia de aquel hombre atlético, de abundante cabello negro y ojos avellana oscuro, que la secaba de un gran aprieto, le observó admirada.

Mavors quitó a Pietro una reluciente pistola femenina que abultaba muy poco y que llevaba en un bolsillo especial de su chaqueta, a la altura de la axila. También le arrebató una navaja automática y luego se apartó de él.

—Ya puedes levantarte.

—¿Qué diablos quieres de mí, Mavors o como te llames?

—Estoy haciendo un negocio y quiero que salga bien.

El hampón frunció el ceño y le miró de reojo.

—¿Un negocio, qué clase de negocio? No te habrán pagado para...

—No temas, no soy un sicario, no he venido a matarte.

—¿Entonces?

—Mi negocio consiste en que Spyro me entregue un millón de dólares.

—¿Spyro un millón de dólares? No entiendo nada.

—Pues será preciso que comprendas. Tengo prisa por cobrar.

Tras aquellas palabras, Mavors le propinó un puñetazo que lo lanzó contra la mesita de centro. Sus piernas se trabaron y cayó espectacularmente sobre una butaca. Irene Roja no pudo evitar sentir una honda satisfacción.

Pietro, con un gran moretón en su mejilla, junto al ojo, se levantó trabajosamente.

—Yo no conozco a Spyro.

—Una lástima, porque tendré que continuar con la sesión.

Al ver que iba a recibir otro puñetazo, Pietro arremetió como un toro contra Mavors, pero sólo consiguió encajar un gancho de abajo arriba en plena nariz que lo levantó en el aire, tendiéndolo de nuevo.

—No estás en forma, Pietro, has echado unos kilos de más.

Aturdido, sangrándole la nariz, el italo-norteamericano levantó la cabeza e inquirió con odio:

—¿Quién diablo eres?

—Ya te lo he dicho, aunque lo cierto es que alguien me conoce por Fullwer.

—¿Fullwer? Tampoco te conozco por ese nombre.

—Pero sí conoces a Spyro, él te dio la «pasta» para montar tu antro, tu Iguana Club.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes. Yo sé mucho sobre ti, Pietro.

El italo-norteamericano se sentó en el suelo, dolido por los dos demoledores puñetazos que había encajado.

—¿Qué es lo que sabes de mí?

—Que estuviste en Vietnam como «Boina Verde», artificiero especialista en demoliciones.

—Sí. No me dieron ninguna medalla, y eso que enfermé en aquel condenado país.

—¿Enfermaste, de qué, de diarrea por miedo? Vamos, Pietro, tú volviste a California y trabajaste para Spyro.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Por un millón de dólares soy capaz de averiguar muchas cosas.

—¿Y qué pasa si trabajé con Spyro?

—Mucho. El nombre de Fullwer figura en la lista de pasajeros del vuelo de las nueve de la mañana del ocho de febrero, Los Ángeles-Sacramento.

Pese a la sangre de su nariz, Pietro palideció, pero sólo fue un instante.

—Ignoro de qué me hablas.

—Si lo sabes. El trabajo te lo encargó Spyro.

—No sé de qué me hablas —insistió.

—Ponte en pie, Pietro, vamos o tendré que sacar mi pistola y pegarte dos tiros. Después de todo, no eres tú quien me interesa.

—¡Sigo diciendo que no sé nada!

—Vas a tener problemas, Pietro. Tú sólo fuiste el artificiero que voló el avión. —se volvió hacia Irene y le dijo—: Si eres buena chica y te callas, puedes marcharte ahora.

—Si quieres...

—Gracias, pero esta noche tengo trabajo y cuando trabajo no me divierto. *Buona sera*, preciosa.

Irene Roja, seguida por la mirada angustiada de Pietro abandonó el apartamento embutida en su capa, única ropa que la cubría.

—Te equivocas. Yo trabajé para Spyro, es cierto, pero nada más.

La puerta del apartamento se cerró, dejándolos solos.

—Pietro, le he pedido un millón de dólares a Spyro por ese sabotaje al «Boeing 727» que hicisteis pedazos con toda la gente que iba a bordo.

—¡Eso es chantaje, un sucio chantaje!

—Llámallo como quieras, por un millón de dólares agunto algunas estupideces.

—Yo no sé nada, arréglatelas tú con Spyro.

—Vas a firmar una confesión en la que dirás que fue Spyro quien te pagó.

—¡Eso no lo haré nunca!

—Yo, de ti, sería más inteligente. Si eres buen chico te daré cien de los grandes, es un buen bocado.

—Mi vida vale más de cien mil dólares —protestó airado.

—Ese problema es tuyo. Si me ayudas tendrás cien mil dólares y podrás irte a cualquier parte a rehacer tu vida. Si no eres buen chico, te quedarás sin los cien mil.

—Pero estaré vivo.

—Eso lo dudo —arguyó Mavors escéptico.

—¿Por qué lo dudas?

—Porque yo le contaré a Spyro que tengo tu confesión por escrito.

—¡No te creará!

—Eso está por ver, Pietro. Spyro me dará el millón, te lo aseguro. Te dejaré mi número de teléfono en ese anuario telefónico que tienes. Si vas a Los Ángeles y quieres ganarte cien mil, llámame, sabré comprenderte. No es fácil cambiar de amo tan rápidamente.

—Spyro no te creará, sabe que le soy fiel.

—Cuando vea tu cara después de la paliza que voy a darte, te aseguro que dudará de tu fidelidad, más bien creará que quieres salvar el pellejo. De nada va a servirte tu club para hacerte rico, sólo te quedarán los posibles cien mil dólares si me buscas en Los Ángeles.

Retrocedió al tiempo que decía, asustado:

—¡No, no lo conseguirás!

Mavors se le acercó achicando sus pupilas amenazadoramente.

Pietro tomó una figura marmolea que tenía como adorno y quiso romperle el cráneo con ella, pero Mavors era mucho Mavors para él y comenzó a recibir la paliza pese a que intentaba escapar saltando sobre el sofá y las butacas.

Mavors le cogió por un pie cuando estaba en el aire y Pietro, pese a ser un hombre entrenado para la lucha en Vietnam, se propinó la mayor costalada de su vida.

Se recuperó y trató de escapar llegando hasta la puerta que consiguió abrir.

Introdujo su zurda por la abertura, pero Mavors dio un patadón a la puerta y Pietro chilló como un cerdo al ser atrapados sus dedos.

Después, Mavors lo vapuleó hasta dejarlo sin sentido, con el rostro hinchado. Sus golpes habían sido tan contundentes como precisos, mas para desgracia de Pietro ninguno de ellos era mortal, aunque sí le dejaron una cara que al día siguiente muy pocos iban a reconocerle.

CAPÍTULO IV

DY vivía en un apartamento ubicado en un complejo residencial al sur de Los Ángeles que poseía restaurante, tres pistas de tenis, bolera y piscina comunitaria.

Dy era elegante, pero rehuía la ostentación. En aquellos instantes, bajo un sol espléndido, cruzaba a nado la piscina en su largo de veinticinco metros, con la ligereza de una mítica sirena.

Al llegar al borde de la piscina y levantar la cabeza se encontró con los pantalones beige que ocultaban las piernas de un hombre. Alzó la vista y reconoció el rostro.

—Mavors.

Kirk Mavors le tendió la mano. Ella dudó un instante, pero al fin le ofreció la suya. Ambas se apretaron y luego él tiró hacia arriba.

Dy, con su espléndida belleza corporal, salió del agua siempre limpia, filtrada a todas horas.

—Vestida la imaginé hermosa. En bikini compruebo que no me equivoqué.

—¿En qué no se equivocó, en sus obscenos pensamientos o al compararme con una rosa roja?

—¿Cuál es la respuesta que más le gustaría que le diera?

—Es usted un cínico, Mavors. Además, no puedo perdonarle.

—¿Por qué?

Ella echó a andar hacia unas hamacas y él se puso a su lado, caminando sobre el césped.

—Fue usted el que incendió el coche, ¿verdad? La policía le busca.

—Bah, no tiene importancia. Un cóctel Molotov siempre da un

poco de publicidad.

—Publicidad negativa y que a mi padre no le hace ninguna falta.

—Es posible, pero en aquellos instantes tenía un problema y debía resolverlo.

—¿Un problema?

—Sí, con cuatro matones del hombre que protege a su padre.

—No le entiendo, Mavors. ¿Qué trata de insinuar?

—¿Sabe que le hablé a Spyro?

—Sí, claro, yo misma le vi.

—Pues, no nos pusimos de acuerdo.

—¿Quiere decir que él envió a esos cuatro hombres para que le atacaran?

—Sí. ¿Por qué, si no, su coche estaba cruzado, impidiéndome la salida?

—Es muy interesante lo que me dice, casi increíble.

—Ya le dije que usted era una flor en medio de mucho estiércol.

—¿Y no suele equivocarse nunca?

—Pocas veces.

—Ahora, si no le molesta, le preguntaré algo.

—Dispare.

—¿Forma usted parte de ese estiércol?

Mavors se sonrió con sarcasmo y sacó su pitillera de piel de avestruz. La abrió, ofreciendo su contenido a la joven.

—Me lo tengo merecido. Verá, Dy, he venido a buscarla y a pedirle que no me guarde rencor. Soy un tipo que, a veces, se ve obligado a hacer cosas desagradables, pero en el fondo, muy en el fondo, tienen su motivo justificado.

—Está bien, le perdono, pero a buscarme, ¿para qué? No pensaré que vamos a salir juntos, ¿verdad? Es un extraño para mí.

—Un extraño y ya sabe que me llamo Mavors.

—Pues no fue usted quien me lo dijo, tuve que preguntar.

—¿Se lo dijo Spyro?

—Entreveo una interrogación dentro de un diálogo aparentemente vulgar. Dígame a qué ha venido.

—Dy, yo sé muchas cosas.

—¿Entre ellas?

—Spyro apoya a su padre.

—Es cierto, lo apoya económicamente, no es ningún secreto

aunque no se haya verificado de forma oficial, pero eso no es malo. A todos los políticos los apoyan económicamente en sus campañas.

—Es cierto, pero muchos de los que apoyan, luego exigen.

—Mi padre no se dejará exigir.

—Siempre es bueno tener un alto concepto de los padres de uno.

Dy se puso en pie automáticamente.

—Hemos terminado, Mavors.

El hombre la retuvo por el brazo. Tiró de él, obligándola a sentarse de nuevo.

—No se impaciente, Dy. Es lógico que usted no conozca a Spyro y tampoco al mundillo del hampa, ni siquiera ha asomado su nariz en ella.

—¿Debo entender que usted sí es un hampón?

—Segundo tocado. Si sigo así, perderé el combate.

Dy, algo nerviosa, chupó el cigarrillo con fuerza.

—Creo que hago mal en escucharle.

—Pero tiene curiosidad y en este caso, la curiosidad no va a matar a la mujer si no que la va a poner alerta.

—¿Contra usted o contra Spyro?

—Spyro es un reyezuelo del mundo del hampa californiana. No le gusta operar fuera de este Estado, se encuentra bien aquí. Se siente rico, poderoso, invulnerable, pero él maneja gran parte del juego, las drogas, la prostitución y otras cosas.

—¿Por qué desprestigiar a Spyro, trata de vengarse porque no le salió bien el supuesto negocio que pudiera tener con él?

Mavors se recostó en la hamaca. Vació sus pulmones de humo de tabaco y luego habló sin mirar a Dy.

—Spyro quiere casarse contigo.

—¿Cómo? —quedó sorprendida y luego rio algo nerviosa—. No diga tonterías. Spyro sólo es un buen amigo de mi padre, un hombre que cree en él.

—Tu padre ha dado su conformidad.

—¡No puedo creerlo, me está mintiendo! Es un hampón y no sé por qué razón he pensado que podía confiar en usted. Quizá me ha engañado su cara, sus ojos.

—Piense que soy un cínico, un canalla, un rufián, lo que quiera, pero Spyro le ha puesto cerco. Está cansado de cazar mariposas bellas, pero vacías de cerebro, sin pudor ni elegancia. Tú, y creo

que puedo tutearte, eres como una diosa para él. Desea tener más altos vuelos. Tu padre aún es respetado, tu madre fue una gran y admirada filántropa en Boston.

—Lo que me intriga es por qué sabe o pretende saber tanto de todos.

—No puedo remediarlo, meto las narices incluso donde corro el peligro de que me las aplasten. Quiero darte un dato más. Tu padre ha sugerido a Spyro que para cautivarte mejor debe comprar un yate que pueda regalarte el día de la boda.

—¿Un yate? Todo eso es inventado, no puedo creer ni una sola palabra.

—Bien, te doy cinco minutos para vestirme. Yo mismo te llevaré a la subasta que se celebrará a bordo del propio yate.

—Si me engaña, ésta será la última vez que hablemos y es posible que...

—¿Que le digas a la policía que has visto al hombre que lanzó el cóctel Molotov? —preguntó irónico, irritando a la desconcertada fémina.

Dando media vuelta, Dy echó a andar, pudiendo observar el hombre la suave ondulación de sus caderas.

* * *

Ya en el automóvil, Dy se sentó delante, pero junto a la puerta, lo más lejos posible de aquel hombre del que desconfiaba.

Se introdujeron en un parque público. Ante la extrañeza de Dy, que observó como Mavors camuflaba el coche entre unos altos matorrales, preguntó recelosa.

—¿Qué se propone ahora?

—No temas, me gustas, pero no voy a decirte que se me ha terminado el carburante para hacerte el amor impunemente.

Ella, mirándole de reojo, quedó quieta y en silencio.

Mavors sacó un maletín que, al abrirlo, mostró un espejo al dorso de la tapa y una serie de pinturas y aditamentos propios de un actor.

Ante la perplejidad de la mujer, Mavors comenzó a transfigurar su rostro, cubriendo incluso su cabello original con una peluca canosa. En su rostro aparecieron arrugas y un grueso bigote se fijó sobre su labio superior y parte de las mandíbulas.

Las cejas también se hicieron más grandes y canosas. Después,

dos lentillas azules transformaron sus ojos y sus dientes cambiaron al pintarlos como si fueran más viejos y estropeados.

En sus manos puso algunas manchas de piel y terminó cerrando el maletín.

—Ya podemos reanudar el viaje.

—Oiga, ¿qué significa todo este disfraz?

—No pensarás que cometo la tontería de fiarme de Spyro, ¿verdad? Podría llamar a un policía y denunciarme.

—¿De modo que quiere asistir a la subasta sin ser reconocido?

—Correcto. Iré de tu brazo, seré el profesor de ornitología. Me tomarán por un viejo chiflado, pero de ahí no pasará.

—Se van a preguntar por qué voy yo con un viejo chiflado.

—Eso es fácil, di que he llegado de Boston y soy íntimo amigo de la familia de tu madre.

—Ya veo que usted lo prevé todo.

—Por lo menos, lo intento.

Pisando fuerte el acelerador, abandonaron el parque ante la mirada suspicaz de un guardia que pensó que un viejo no debía conducir a tanta velocidad.

—Mavors, creo que aquel policía ha sospechado algo.

—No, yo más bien opino que le sorprende ver a una chica joven saliendo de un parque con un viejo.

—Pero, pero... ¿Qué habrá pensado de mí?

—No te lo imagines, no tienes que darle explicaciones.

CAPÍTULO V

RAMÍREZ SANDOVAL, el play-boy sudamericano, dio un vistazo a la cubierta donde se habían preparado asientos para el público que asistiría a la subasta y unos bancos para los muchachos de la Prensa.

Miraba impaciente el reloj de su camarote. Faltaba poco para que la subasta comenzara y ya estaba nervioso.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

—Señor, tres automóviles acaban de llegar. ¿Pueden subir a bordo?

—Sí, Miranda, que suban enseguida.

El nerviosismo comenzó a escapársele por las manos, que se frotaron una contra otra mientras sonreía bajo su recortado bigote en el que, de no haber entrado el tinte, ya habrían aparecido canas.

Sin llamar, penetraron en el camarote tres hombres. Dos de ellos eran reconocibles de inmediato. Pese a su atildado aspecto, eran dos guardaespaldas inequívocamente. Al de en medio, lo identificó enseguida.

—¡Usted es Spyro!

La voz rota y gastada del ex cantante se dejó oír mientras sus ojillos, tras las gafas oscuras, casi negras, disecaban el rostro del sudamericano como si de un escapelo se tratara.

—¿Por cuánto va a vender su yate?

—Ajá, la subasta ha tenido éxito, ¿verdad? Es una gran ocasión para poseer un yate de lujo, se lo aseguro. ¿Una copa?

—Le he preguntado cuánto quiere por su yate.

—Eso se verá en la subasta, según lo que se pueje. Es mi esperanza, como es lógico.

—Ramírez, está usted con la cuerda al cuello. En su país de origen no tiene ni un acre.

—No estoy tan mal, tengo dinero en Bancos y...

—No siga gastando saliva, Ramírez. Si tuviera dinero en el Banco no se vendería el yate, a los tipos como usted les gusta vivir bien.

Ramírez, ante los cortes de Spyro, carraspeó.

—Bueno, no niego que mi situación es difícil. La subasta saldrá a partir de cuatro millones de dólares.

—El yate no vale tanto.

—Le aseguro que es barato.

—Está bien, no hay subasta.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que ha oído. Saque los papeles.

—No entiendo.

—Le extenderé un cheque por cuatro millones de dólares a cobrar en mi propio Banco y usted me entrega la escritura de propiedad del yate, todo legal.

—¿Quiere decir que me compra el yate?

—Es obvio, ¿no?

—Bueno, se lo tengo muy en cuenta, pero la puja puede subir mucho más.

Spyro lo miró fijamente, preguntando:

—Este yate es lo único que posee, ¿verdad?

—Ya hemos quedado que...

—Sólo quería puntualizar, Ramírez, es que además quiero decirle que tiene una bomba en el yate.

—¿Una bomba?

—Sí, no se asuste. Si vende, el artefacto no estalla. Si no vende, se queda sin nada y será una lástima, porque habrá hecho un mal negocio.

—¿Una bomba, pero cómo han podido poner una bomba?

—En estos momentos, sus tres tripulantes, que juntos no podrían sacar el yate del puerto, están controlados, tengo muchachos abajo. Como comprenderá, no he venido solo.

—¡Volar este barco es un delito, es mi propiedad! —chilló

Ramírez Sandoval asustado, pegándosele la camisa a la espalda por la sudoración tan abundante como súbita que le había invadido.

—Usted no podrá decir nada porque se hundirá junio con el yate, Ramírez.

Los dos guardaespaldas desenfundaron sendas pistolas con silenciador. Ramírez tragó saliva dificultosamente y se dejó caer en la silla.

—No discutamos más, Spyro, ignoraba que tuviera tanto interés por mi yate. Aquí tengo los papeles preparados, pero me gustaría entregárselos cuando me pagaran en metálico en su Banco.

—No puedo perder tiempo. Firme usted y firmo yo, mano a mano.

Spyro sacó su talonario y con su propia pluma extendió un cheque por valor de cuatro millones de dólares que entregó a Ramírez. Este, sonriendo ya, dijo:

—De lo perdido, saca lo que puedas.

—Cuatro millones dan para vivir mucho tiempo si no se los juega enseguida en Las Vegas.

—Procuraré no tentar más a mi suerte y ahora me marchó. Ya les dirá usted a los que vengan que la subasta se terminó antes de comenzar.

—Sí, yo me encargaré de eso, descuide.

—Ah, y no se olvide de quitar la bomba de mi yate ahora que es suyo.

—No puedo olvidarme, Ramírez, no hay tal bomba.

El play-boy sudamericano le lanzó una mirada muy especial.

—Debí suponerme, pero yo también le confesaré que no esperaba cobrar cuatro millones de dólares.

—Lo imagino, pero yo tenía prisa por comprar. Ahora, lárguese.

Ramírez llamó a sus hombres que aguardaban en cubierta entre otros muchos que habían llegado junto con Spyro y que no inspiraban la menor confianza.

—Vamos abajo. El yate está vendido y por una buena cantidad. Os pagaré a todos vuestra fidelidad.

Subieron al coche modelo «Caravana». Spyro, desde lo alto del yate, les vio alejarse.

Los latino-americanos se sumergieron en la autopista, de regreso a Los Ángeles. Miranda conducía satisfecho al ver contento a su

patrón. Este, sacando su cartera, dijo:

—Lo he vendido muy bien y sin regateos.

—¿Cuánto, patrón?

—Cuatro millones de dólares. Podré comprarme un yate más pequeño y vosotros vendréis conmigo, seguiremos viviendo bien. Mirad, aquí tengo el cheque.

Mostró el cheque a la curiosidad de sus acompañantes.

—Eh, patrón, ¿por qué llevamos todos esos bidones de plástico llenos en el coche? —preguntó uno de ellos antes de mirar el cheque. Luego, exclamó—: ¡Pero, patrón, si el cheque está en blanco!

Ramírez se tornó pálido como la mismísima muerte, la tinta escrita había desaparecido inexplicablemente. Aulló de rabia.

Miranda pisó el freno a fondo en medio de la autopista de Los Ángeles, lo que ignoraba es que tenía preparado un artificio que se puso en movimiento y pinchó la rueda delantera izquierda, haciéndola reventar.

El automóvil dio bandazos de un lado a otro, espectacularmente, hasta que chocó contra dos coches que se habían salido de sus carriles para escapar a la muerte. Entonces fue cuando estalló el motor, incendiándose.

Los cuatro hombres, desesperados, quisieron salir de aquella ratonera, mas las puertas estaban bloqueadas.

—¡Es una trampa del cerdo de Spyro, hay que salir de aquí! —chilló Ramírez.

Los seis bidones de plástico que llevaba el coche, cada uno con veinte galones de gasolina super, estallaron en medio de una impresionante llamarada que detuvo todo el tráfico de la autopista, desencadenando más choques de vehículos cuando uno de éstos, que rodaba a gran velocidad en dirección contraria, se subió a los parterres. Las llamaradas semejaron invadirle y dentro de él viajaban Mavors y Dy.

CAPÍTULO VI

—**H**A sido por culpa del reventón de una rueda —dijo alguien, agregando—: Yo lo he visto, si no lo finto se me echa encima.

Al lado, su mujer dijo excitada, observando las grandes llamaradas:

—Iba lleno de combustible, sólo hay que ver cómo arde: No se ha salvado nadie.

—Creo que hay cuatro hombres dentro —gruñó su pareja.

—¡Qué horror! —exclamó Dy.

Mavors observó el coche dentro del cual sólo habían ya cuatro cadáveres que terminaban de carbonizarse mientras algunos automovilistas, tímidamente, echaban las espumas de sus reducidos extintores.

—Es un accidente que no me gusta. En fin, nada tenemos que hacer aquí.

Puso el «Ford» en marcha, circulando unas yardas obre el césped y retornando a la pista asfáltica mientras ya oía a lo lejos el ulular de las sirenas.

No tardaron en salir de la carretera para tomar el desvío que iba a conducirles al Maritime Golden-Star Club.

El cuidador nocturno no estaba allí para identificar al «Ford-Granada» que él mismo limpiara.

Rodaron lentamente hacia el Tlazolteotl.

—¿Es ése el yate que está en subasta? —preguntó Dy.

—Sí.

—Es muy hermoso y debe resultar caro.

—Seguro que sí, un yate de ese tamaño vale varios millones de

dólares. Sólo por el exterior se deduce el lujo que habrá en su interior.

Detuvieron el automóvil junto a otros tres. Un hombre vigilaba los coches y Mavors observó:

—Parece que Spyro se ha dado prisa en llegar.

—¿Quieres decir que está en el yate?

—Sí, ése es uno de sus matones.

En aquellos instantes llegaron tras ellos varios automóviles que asimismo habían quedado detenidos en la autopista a causa del trágico accidente.

Al descender del «Ford», ante el desconcierto de Dy, Mavors caminó ligeramente tambaleante y algo nervioso.

—¿Qué le ocurre?

—Nada, que he de representar bien el papel de viejo neurótico

—le dijo cambiando la voz de tal forma que confundió a la propia Dy, quien tuvo que disimular para no echarse a reír.

—Sería usted un excelente actor.

Acercándose, lo cogió del brazo como para ayudarle a subir por la pasarela.

—Si fuera un viejo te diría que me soltaras, que ya puedo subir solo, pero como todavía tengo la sangre caliente, me siento mejor cogido a ti.

Ella hizo un movimiento instintivo para soltarse, pero él la agarró a su vez y ya no se separaron.

—Lo siento, ya no hay subasta —les dijo un tipo corpulento y de nariz aguileña, saliéndoles al paso.

Dy, desconcertada, miró a Mavors. Este se apresuró a decir:

—La señorita Dy Sullivan no viene a la subasta. Spyro la aguarda.

—Un momento.

Al quedarse a solas, aunque vigilados a distancia por otros hombres que semejaban haber ocupado el yate, le dijo:

—Me parece que esta vez se ha pasado de listo. Ya ve, no hay subasta.

—Eso, posiblemente, tendrá una explicación.

Bennet, el tipo de la nariz aguileña, regresó diciéndoles:

—Síganme.

Spyro les aguardaba en la salita del camarote principal del yate,

un camarote que en lujo nada tenía que envidiar a la mejor suite del Waldorf.

Había varias pinturas valiosas colgadas de las paredes, todas ellas desnudos femeninos.

Spyro les recibió preparando unas copas como un verdadero anfitrión.

—Hola, Dy. Confieso que no te esperaba.

—He venido a la subasta y al ver que estaba aquí el mejor amigo de mi padre...

—No lo dudes, Dy, soy el mejor amigo de tu padre.

—Pues yo soy el más viejo amigo de la familia de Dy en Boston.

Ante aquella autopresentación, Dy añadió:

—Sí, era muy amigo de mi abuelita materna. Es un sabio en...

Ante la duda de Dy, el propio Mavors aclaró:

—Ornitología. —Después, siempre imitando la voz de viejo, agregó—: He venido a traerle saludos de mi sobrino Therence. El chico está perdidamente enamorado de Dy y lo comprendo, por Belcebú que lo comprendo. Si yo fuera joven como él, no le pediría que se casara conmigo, la cogería entre mis brazos y luego sería ella quien pidiera casarse rápidamente.

Spyro frunció el ceño. No le habían gustado las palabras de Mavors y encarándose con Dy le preguntó:

—¿Y tú amas a Therence?

—Bueno, Spyro, creo que mis asuntos privados no tengo por qué airearlos.

—Pues a mí me conviene que los airees.

—¿Por qué?

Spyro se volvió hacia Mavors pidiéndole:

—¿Podría salir? Uno de mis hombres le mostrará el yate, acabo de comprarlo.

—Pero, ¿y la subasta? —objetó la muchacha.

—Ya no hay subasta. He creído que era negocio comprar el yate y lo he comprado. Ha sido un arreglo amistoso con su propietario, le he pagado cuatro millones de dólares.

—Hum, quién tuviera cuatro millones de dólares para comprar un yate como éste —observó Mavors un tanto cómico.

—Sí, espero que Ramírez, el play-boy, se estrelle en alguna parte.

—¿Le ha pagado en cheque? —preguntó Mavors.

—Hace usted demasiadas preguntas, abuelo —gruñó Spyro.

—Simple curiosidad, simple curiosidad. Ya sabe, todos los científicos siempre andamos investigando sobre lo que nos interesa y lo que no.

—Pues hablando de accidentes, hemos visto uno muy espectacular en la autopista. Por poco nos alcanza a nosotros.

—¿Ah, sí? ¿Algún loco de la carretera?

—Un coche que, al parecer, ha sufrido un reventón e iba muy cargado de gasolina.

—Una pena, habrán muerto todos.

—¿Y cómo sabe que habían varios? —inquirió Mavors.

Spyro se encogió de hombros.

—Una suposición, no veo que tenga nada de particular, Ahora, si hace el favor...

—No, yo no me muevo del lado de Dy. Traigo órdenes muy severas de mi sobrino, la verdad es que él es muy celoso.

—Su sobrino está perdiendo el tiempo, abuelo.

—¿Y por qué?

—Porque Dy se casará conmigo y este yate será el regalo de bodas.

—¿Cómo? —exclamó Dy. Bajó el tono de su voz para añadir—: No sabía que tuviera que casarme contigo.

—Verás, Dy, yo no soy un personaje de Shakespeare, no soy un Romeo para recitar versos. Lo hago a mi manera, algo brusca, pero sincera. Nos casaremos y pronto.

Dy observó de soslayo a Mavors. Lo miraba casi como a un desconcertante mago, capaz de adivinarlo todo.

—Spyro, creo que te precipitas. Te estimo como amigo de mi padre, pero de eso a casarme contigo...

—No estarás pensando a estas alturas en el amor romántico, ¿verdad? Todo eso pasó ya de siglo, querida.

—Para mí, no. Lo siento, Spyro, no te amo.

—Puede que te haga cambiar de opinión.

—No lo creo.

—El yate es un buen emisario de mi interés por ti.

—No es lo material lo que me inclinará a una boda.

—Confío en que te haré cambiar de opinión, Dy. Estoy seguro de

que terminaremos casándonos.

Mavors preguntó:

—¿Consigue siempre lo que quiere?

—Seguro.

—Pues a mi sobrino Therence no le va a gustar, quizá venga a darle un puñetazo en el hocico.

—No creo, abuelo, su sobrino cometería una estupidez saliendo de su Boston provinciano.

—No tiene por qué venir Therence, pero yo no voy a casarme contigo, Spyro, que quede bien claro. Ahora que la subasta ha terminado, creo que ya nos podemos marchar.

—Estoy seguro de que cambiarás de opinión, Dy. No te gustará ver cómo tu padre se queda en la cuneta en su carrera hacia la gobernación de California, en la cuneta y con deudas que podrían llevarle a la cárcel.

—¿Es una amenaza? —preguntó desafiante.

—Dy, eres mayorcita y estoy seguro de que comprenderás lo que te conviene.

Dy salió del camarote sin despedirse. Mavors se volvió hacia Spyro y sonriéndole dijo:

—Nos veremos pronto, Spyro, muy pronto, se lo aseguro.

Spyro le miró perplejo. Algo había en aquel viejo que le producía inquietud.

CAPÍTULO VII

EN su automóvil grande y potente, con blindaje contra balas, Spyro enfiló la autopista para regresar a Los Ángeles.

Delante viajaban el chófer y sus dos guardaespaldas, A su lado, en el asiento posterior, se hallaba Bennet, su hombre de confianza, fornido, de nariz aguileña y pose de sarcasmo permanente.

—Comprar un yate lujoso es siempre una buena operación, pero comprarlo por nada todavía lo es más.

Bennet se sonrió.

—Ese play-boy sólo se ha llevado lo que merecía.

—Sí, supongo que cuando se sepa la noticia en su país de origen se sentirán contentos.

En aquellos instantes, un motorista policial, de vigilancia en la autopista, puso en marcha su potente motocicleta de dos cilindros. Protegido por el casco y las grandes gafas, se lanzó a la persecución del automóvil de Spyro haciendo ulular su sirena. El motorista sorteó varios automóviles, pasando de un carril a otro arriesgadamente hasta que consiguió ponerse a la altura del automóvil de Spyro. Hizo señas con su mano enguantada para que se detuvieran en el arcén.

—¿Qué le sucederá a ese polizonte? —gruñó Spyro.

El chófer, molesto, objetó:

—No lo sé, no he cometido ninguna infracción. —Miró al retrovisor buscando el rostro de su jefe y preguntó—. ¿Nos largamos?

—No seas estúpido, no tiene de qué acusamos y por una multa de tráfico no vamos a poner tras de nosotros a toda la policía del

Estado. Obedece.

El coche blindado se detuvo. Su pintura azul oscura, encerada, arrancó reflejos al brillante sol californiano.

El motorista se hizo a un lado y, desmontando, se acercó al vehículo con paso seguro y suficiente. El chófer esbozó una mueca de satisfacción al ver que el agente no sacaba ningún bloc de sanciones.

—Vamos, agente, suelte lo que tenga que decirnos y déjenos en paz —masculló el conductor sacando la cabeza por la ventanilla.

El agente caminó por el lado contrario al de la conducción. Tomando la manecilla de la puerta posterior, la abrió quedando frente a Spyro y Bennet, que se hallaban sentados.

—Un poco más arriba ha habido un grave accidente de circulación. Cuatro hombres han muerto.

—¿Y a nosotros qué nos importa? —replicó Spyro mirándole a través de sus gafas redondas y oscuras— Cierre la puerta, dígame a mi chófer lo que haga falta y listos.

—Los cuatro hombres que han muerto eran sudamericanos —prosiguió el policía sin inmutarse—. Uno de ellos acababa de vender un yate por cuatro millones de dólares y es una lástima, porque ahora, carbonizado él y el cheque, no podrá cobrar ni un centavo.

—Eso no es cuenta nuestra —gruñó Bennet.

Spyro, más suspicaz, inquirió:

—¿Cómo sabe que ha vendido su yate por cuatro millones de dólares?

—Porque usted ha sido el comprador, Spyro.

El agente se quitó las gafas subiéndolas sobre el casco blanco y la más viva sorpresa se reflejó en el rostro de Spyro.

—¡Mavors!

—Ya le dije que volveríamos a vernos, Spyro.

—¿A qué viene la fantochada de vestirse de polizonte motorizado?

—Me gusta escoger mis lugares de cita. Por allí pasan sus dos coches de protección, algo lejos, ya no podrán dar la vuelta, claro que pensarán que solo se trata de una infracción de tráfico.

—Cree preverlo todo, ¿eh, Mavors?

—Me gusta cuidar los detalles.

—Desearía saber cuál es la fuente de información.

—¿Por qué? No ha sido difícil averiguar que ha pagado cuatro millones a Ramírez y luego los ha liquidado saboteándoles el coche.

—Supone demasiado, Mavors, y eso es peligroso.

—Digamos que me gusta jugar con el peligro, Spyro. No me interesa la muerte de Ramírez, es un asunto bueno para usted, pero de poca ganancia para mí. Yo quiero un millón de dólares en recuerdo del «Boeing 727» que no voló lo suficiente para llegar a Sacramento.

—No sé de qué me habla, ya se lo dije. Ahora, cierre la puerta y lárguese, no hay negocio para usted. Desaparezca de California. Si vuelvo a verlo, haré que le preparen algo especial.

—No me asustan las amenazas, Spyro. Por cierto, estuve visitando a Pietro.

Spyro palideció ligeramente, pero aguantó la sorpresa.

—¿Pietro? No sé de quién habla.

—Sí, de Pietro, un sujeto al que no se le ha despegado el acento italiano de sus padres. Tiene un buen local en San Francisco, creo que se llama Iguana Club. Un artificiero muy eficaz. Llámelo y él le dirá que le conviene darme ese millón de dólares. —Spyro seguía en silencio—. Sé hacer bien las cosas y si a mí me sucede algo, usted irá a una cárcel para el resto de sus días, una pena que hayan abolido la pena de muerte en California. Ya volveré a llamarlo, Spyro. Nos veremos, pero siempre cuando menos lo espere. Vaya preparando mi millón, soy de los que no sueltan a su presa.

Cerró de un portazo y luego fue hasta su motocicleta. Poniéndola en marcha, se alejó a gran velocidad, filtrándose entre los automóviles de modo que era prácticamente imposible seguirla.

—Podíamos haberlo liquidado —observó Bennet.

—Hay que ir con cautela, ese tipo es peligroso. Sabe demasiado y hasta muerto puede ser peligroso.

—¿Dejará que lo chantajee?

—Yo decidiré lo que hay que hacer. Primero, vayamos a casa, he de realizar una llamada de larga distancia.

El automóvil de Spyro se introdujo en los sótanos de su edificio. Luego, en un ascensor privado, cuya puerta estaba camuflada tras uno de los muros del parking reservado para sus automóviles, ascendió directamente al ático, al que podía llegarse también en

otro ascensor, siempre que éste no fuera bloqueado desde lo alto, impidiendo entonces su ascensión a los tres últimos pisos de rascacielos.

Ya en su modernísimo y futurista despacho, Spyro efectuó la llamada a larga distancia. No tardó en escuchar al otro lado una voz conocida.

—¿Quién es?

—Soy Spyro.

—Ah, eres tú.

—Coge el avión y vente enseguida, te estoy esperando.

La voz de Pietro se tornó recelosa al otro lado del hilo telefónico.

—¿Sucedo algo, Spyro?

—Eso tendrás que decírmelo tú. Te espero, y sería una pena para ti que tuviera que enviar a alguien para buscarte.

—No hará falta, tomaré el avión inmediatamente. Tengo que decirte algo sobre un tipo que ha venido a verme.

—Sí, creo que se llama Mavors.

—El mismo, aunque también dice llamarse Fullwer. Es un tipo peligroso, no debes de creerle.

—Sí, eso haré, pero ven enseguida.

Colgó el auricular, pensativo, mientras su mano, maquinalmente, abría una pesada caja de plata para extraer de su interior un costoso cigarro habano.

CAPÍTULO VIII

EMERSON salió de los despachos del fiscal del distrito. Iba preocupado, ensimismado, no parecía muy satisfecho de cómo marchaban las cosas.

Tenía ambiciones, y cuando había creído que llegaría a la cumbre de su carrera, todo se retrasaba. Spyro no había cumplido su palabra pese a las indudables influencias que poseía, pero le tenía más miedo que respeto y por ello actuaba con cautela.

Se dirigía a su automóvil, estacionado en el parking privado para funcionarios públicos, cuando descubrió a un hombre de espaldas junto a su coche. Acercándose, le dijo:

—Este es mi coche.

—Ya lo sé, Emerson.

Al volverse, Emerson pudo ver el rostro del hombre que le aguardaba. Se puso pálido y exclamó por lo bajo:

—¡Fullwer!

—Ni que hubiera visto a un muerto, Emerson.

—¿Qué hace usted aquí, qué quiere de mí?

—Sólo un pequeño trabajo.

—¿Un trabajo de qué clase?

—Sencillito, no soy tan exigente como Spyro.

—No sé de qué me habla.

—Vamos, Emerson, sé que está sobornado, podrido por Spyro.

—Si no se marcha, llamo a un agente para que le detenga —amenazó grave, retrocediendo.

—Sería una lástima por su parte, Emerson. Spyro podría pensar que ha cometido una torpeza y le mandaría liquidar. Spyro no

perdona y usted lo sabe. Ahora, subamos al coche.

—¿Qué es lo que pretende?

—Ya se lo he dicho, sólo quiero un pequeño trabajo. Debajo de los Union Shopping Center hay un autoservicio fotográfico que funciona cuando ya los comercios habituales han cerrado.

Emerson, preocupado, no hizo más preguntas. Subió al coche y lo condujo en dirección a los almacenes. Le habría inquietado más que Fullwer, quien ahora se hacía llamar Mavors, le hubiera pedido que se fueran a un lugar solitario.

Detuvo el automóvil y Mavors empujó al sobornado ayudante del fiscal hacia los autoservicios fotográficos deteniéndose frente a uno de ellos. Había una puerta cerrada, unas cortinas corridas y las máquinas automáticas que por unos centavos cumplían su cometido sin depender de ningún sirviente más que del propio usuario.

—Emerson, conmigo traigo una confesión.

—¿Una confesión de qué?

—No es preciso que la lea. Cuanto menos sepa de todo este lío, mejor para su vida.

—¡Yo no quiero saber nada, nada!

—Cuidado, Emerson, no intente marcharse, le tengo bien atrapado. Sé que está sobornado por Spyro, atrévase a negarlo.

—Insisto en que no sé de qué me habla.

—Su anterior jefe, el fiscal Clevery, se la tenía jurada a Spyro y usted le fue pasando los datos a Spyro hasta que éste decidió eliminarlo.

—¡Yo no sé nada! —insistió sudando fríamente, acogotado por el miedo.

—Sí lo sabe, porque esta confesión dice muchas cosas, pero no tema, esto no va contra usted salvo que me niegue que todo sucedió tal como le he dicho.

—Si Spyro eliminó a Clevery, es cosa suya, yo sólo le di informes, como siempre —dijo nervioso y sudoroso. Era obvio que temía a Mavors, especialmente después de haber leído su ficha criminal.

—Bien, así está mejor. De modo que usted le pasó todos los informes que Clevery había conseguido.

—Sí, pero no sé qué pretende.

—No tema, esta confesión no tiene nada que ver con usted, sólo

quiero puntualizar las cosas, claro que es evidente que cuando Clevery desapareció, usted se preocupó de limpiar el dossier de Spyro que con tanto cuidado había llenado su anterior jefe.

—¿Cómo sabe usted tanto, es Satanás?

—Responda sí o no.

—Sí, sí, pero no podrá chantajearme si es lo que pretende.

Mavors rio.

—Vamos, vamos, no se asuste tanto. No muerdo. Dígame, ¿le he pegado?

—No.

—¿Le he amenazado con algo?

—No.

—Pero no se fía de mí, ¿verdad?

—Es el diablo y si acosa a Spyro, éste le matará.

—Es una pena que Spyro escoja para que le ayuden a ratas en vez de hombres. A buen seguro que le pegaría siete tiros si supiera que me ha confesado cuanto acaba de decir.

—¡Lo negaré, lo negaré! —dijo excitado.

—Sí, eso supongo, pero fíjese bien en esta confesión. Voy a introducirla en esta fotocopidora. —desplegó totalmente la hoja escrita con bolígrafo y la hizo pasar por la ranura. Luego, metió un níquel y pulsó un botón.

Por la abertura inferior comenzó a salir en el acto, lentamente, la hoja unida a otra exactamente igual.

—Bien, Emerson, no sude más. Su trabajo sólo consiste en entregar esta fotocopia a Spyro. El original me lo guardaré yo, es muy valioso.

Dobló la fotocopia, entregándosela.

—¿Spyro está esperándola?

—Sí, tembloroso como una recién casada. Ya se lo he advertido, Emerson, es mejor que no la lea. A Spyro no le sentaría nada bien que uno de sus hombres se inmiscuyera en sus asuntos más privados.

—Está bien, le llevaré la carta a Spyro. ¿Quiere que le diga algo más?

—Dígale que ya tendrá más noticias mías oportunamente. Chao, Emerson. Estando al frente de la justicia hombres como usted, los hampones estamos de enhorabuena.

—¡Váyase al diablo!

Mientras se alejaba, Emerson no se percató de que una de las cortinas de la oficialmente cerrada casa de fotografía, que sólo disponía para el público a aquellas horas de los servicios automáticos, se movía ligeramente, signo obvio de que había alguien tras ella.

Mavors se acercó a la calzada y detuvo a un auto-taxi. Ya dentro de él, ordenó:

—A los apartamentos Holly-Green.

* * *

Dy introdujo el llavín en la cerradura de la puerta. Tenía el gesto duro y sus ojos chispeaban ligeramente.

Con gesto rápido, penetró en su apartamento que, por vivir en él, conocía a la perfección. Lanzó su bolso hacia el sofá, en la oscuridad, y se quitó la falda mientras se dirigía a su cuarto, arrojándola sobre la cama. Al volverse, la luz de una lámpara se encendió sola.

—Será mejor que abra la luz, no sea cosa que prosigas tu número de striptease.

—¡Mavors! —exclamó sorprendida, sin poder evitar que sus mejillas enrojecieran ligeramente, pues en aquellos momentos se estaba quitando la blusa.

—Eres muy hermosa, Dy. Es lógico que los hombres se fijen en ti. Ah, y por la ropa no te preocupes, ya te he visto en bikini en la piscina.

Dy quedó quieta unos instantes y aceptó:

—Sí, es verdad.

Mas, aunque entreabierta, no terminó de quitarse la blusa pese a que llevaba brassière y panties oscuros que hacían juego entre sí.

—Me he tomado la libertad de servirme un trago de tu bourbon.

—Pues sírveme otro a mí.

—¿Con hielo? Ya he visto que no te falta hielo en el congelador.

—No, sin hielo y sin agua.

—¿Molesta?

—¿Por qué?

—Se te nota en la cara. Anda, siéntate aquí en el sofá.

Se quedó mirándole y preguntó:

—¿Cómo has entrado en mi apartamento?

—Con una ganzúa.

—Vaya, todo un especialista. Podría acusarte de allanamiento de morada.

—Y yo, de poseer unas piernas muy hermosas. Nadie podría condenarme por enamorarme de ti.

—¿Qué has venido a hacer a mi casa?

—Compañía.

Mavors se levantó, acercándose a ella que, sin saber qué hacer, se había aproximado al mueble tocadiscos, rebuscando los discos allí amontonados. Mavors le puso el vaso de whisky en la mano.

—Creí que te haría falta compañía en estos momentos.

—Yo no la he pedido.

Mavors levantó su mano y asiendo la barbilla de Dy, la volvió hacia él.

Sus rostros quedaron escasamente separados. La besó en los labios y ella no lo rechazó, pero tampoco se entregó a la caricia.

—¿Molesta? ¿Acaso me confundí al llamarte rosa en vez de orquídea?

Súbitamente, Dy besó los labios masculinos y aferró sus brazos alrededor de su cuello. Su cuerpo tembló abrazado al del hombre.

—Vamos, pequeña, Mavors está contigo.

—Tenías razón, Mavors, Spyro quiere casarse conmigo.

—Sí, ya lo he oído.

—Y papá está de su parte. Me ha suplicado que lo acepte.

—Tú no tienes por qué ceder a esa imposición. Eres libre, mayor de edad e independiente. Tienes tu propia renta y no te debes a nadie.

—Spyro hundirá a mi padre si no acepto.

—No hagas caso. Mírame bien. —los dos rostros quedaron frente a frente, los ojos del uno clavados en los del otro—. Tu padre está hundido ya.

—Mavors —se quejó sin fuerza.

—Es cierto, Dy. Apoyado por Spyro, es preferible que se hunda políticamente, créeme.

—No tienes fe en mi padre, ¿verdad?

—Ni yo ni muchos. Si tu padre sale gobernador del estado, en realidad será Spyro quien mande.

Dy se apartó de Mavors, sentándose en el sofá cansada, hundida,

casi humillada.

—Tú opinas que papá sólo sería un hombre de paja, ¿no es cierto?

—Desgraciadamente, así es. Es duro decírtelo, pero Spyro apoya a tu padre con el ruin interés de manejarlo. En todo esto, tu padre sólo ve su deseo de volver a figurar y ser el gobernador de California. No dudo que vale, es elegante y sabe relacionarse, pero hoy en día, quizá hay otros más idóneos para el cargo. Sentiría que después de decirte todo lo que pienso me odiaras.

Caminó hacia la puerta tras dejar el vaso de whisky. Estaba ya con la mano sobre el pomo, dispuesto a salir del apartamento, cuando ella le interpelló.

—Mavors...

—¿Qué?

—¿Quién eres en realidad? Para mí eres como un diablo.

—Quizá estés en lo cierto. Será mejor que te deje sola.

—¡Mavors!

—Hum...

—No te vayas aún.

Mavors abandonó la puerta. Se acercó hacia el sofá y, a su paso, cerró la luz de la lámpara. Dy no dijo nada, pero su respiración fue más profunda.

CAPÍTULO IX

SPYRO, en su despacho ubicado en el ático de su Tapadera Building esperaba observando las seis pantallas de televisión en circuito cerrado con que controlaba varias de las dependencias del edificio.

Bennet se le acercó diciéndole:

—Pietro ha llegado.

—Que suba enseguida. —Spyro aguardó un tanto impaciente la llegada del italo-norteamericano. Mientras, preguntó—: Habréis tomado todas las precauciones para que no sea visto, ¿verdad?

—Sí, hemos utilizado el ascensor privado.

—Ve a buscarlo.

Al fin, apareció Pietro en el despacho. Llevaba sombrero y grandes gafas oscuras que le cubrían gran parte de la cara.

—Hola, Pietro, vas muy camuflado. Ya puedes quitarte el sombrero y las gafas.

El italiano se quitó tímidamente el sombrero, pero objetó:

—*Io* estoy mejor con los lentes puestos.

Spyro, que también llevaba gafas oscuras, observó varios detalles en el rostro de Pietro que le obligaron a decir:

—Quítate las gafas.

Despacio, como si le estuvieran sentenciando, Pietro obedeció, mostrando su rostro desfigurado por los moretones. Ambos ojos estaban hinchados y su nariz también tenía las marcas de la paliza recibida.

—No irás a decirme que te has golpeado contra una puerta —gruñó Spyro con evidente sarcasmo.

—*Io* he tenido muy mala suerte.

—¿Por qué? ¿Una coz de una mula o es que te has tropezado con Mavors?

—Me pilló por sorpresa. Estaba esperándome en mi apartamento, apuntándome con su pistola. Me golpeó sin que pudiera defenderme.

—¿Y cómo sabía ese Mavors dónde encontrarte?

—*Io* no lo sé.

—Pues tendrías que saberlo, Pietro, tendrías que saberlo.

—Ese Mavors, que también dice llamarse Fullwer, parece saber mucho.

—¿Sobre un avión que, desgraciadamente, cayó al mar con todos sus ocupantes?

En aquel instante sonó el teléfono privado e interior de Spyro. Este descolgó el auricular, respondiendo.

—Spyro al habla.

Pietro le miró, se sentía mal. Había cuatro hombres de Spyro en el despacho, además del propio Spyro, y a uno de ellos, Bennet, le conocía bien. Sabía de su sadismo y peligrosidad.

—Que suba —ordenó Spyro tajante. Colgó el aparato, y mirando a Pietro dijo—: Vamos a tener visita.

Al fin se abrió la puerta, aparentemente de fina madera, pero que por su interior era acero capaz de soportar una bala de fusil de gran potencia.

Emerson, el ayudante del fiscal, apareció nervioso.

—¿Qué ocurre, Emerson? ¿Qué es eso de que tienes algo muy importante que decirme?

—He tenido un inesperado y desagradable encuentro.

—¿Con quién?

—Con quien menos puede esperarse, Spyro.

—No me digas que ha sido con Fullwer, alias Mavors, alias el Murciélago.

El ayudante del fiscal parpadeó incrédulo y desconcertado tras sus gafas.

—¿Lo sabía?

—Lo he supuesto. Parece que ese Mavors, Fullwer o el Murciélago, como se llame, se mueve mucho. Pietro también le ha visto y ha tenido peor suerte en el encuentro.

—Sí, ya veo. ¿Ha visitado a un médico?

—He visto a mi abuela. Váyase al diablo, Emerson.

—Por cierto, Emerson —interrogó Spyro—. ¿Qué hay de Collins?

—Pues, parece que está difícil sacarle de su celda.

—No quiero dificultades, Emerson. Ahora, veamos qué es eso tan importante.

—Esta fotocopia que Mavors ha sacado delante de mí.

Spyro arrugó el ceño.

—¿Una fotocopia?

—Sí. Me ha llevado a una casa de fotografía con fotocopidora automática. Ha introducido en ella una hoja escrita y la copia que ha sacado me la ha entregado para que se la diera a usted.

—¡Vamos, trae, imbécil!

Nervioso, tomó la fotocopia y comenzó a leer. Mientras lo hacía, palideció más y más y al terminar rugió:

—¡Pietro, vas a tener que hablarme de esta confesión!

—¿Una confesión? *Io* no sé nada.

—Vamos, léela, sólo es una fotocopia. Mavors guarda el original para tu desgracia.

Pietro tomó la fotocopia. Al leerla, torció el gesto y su rostro se desfiguró aún más.

—¡Mavors es un cerdo, Spyro, te lo juro! ¡*Io* no he hecho esta confesión, no he dicho que puse una bomba plástica en el «Boeing 727» que lo destruyó hundiéndolo en el mar por orden tuya porque estoy a tu servicio!

—Pues, por lo visto, te confiesas, culpable del sabotaje y de que yo te pagué para que lo llevaras a cabo. Eso es malo, Pietro, muy malo.

El italo-norteamericano miró alrededor, asustado. Sólo encontró rostros hostiles y amenazantes. Suplicante, gimió:

—¡*Io* te juro por la *madonna* que no he escrito eso!

—Es tu letra, Pietro.

—Parece mi letra, pero yo no he escrito nada, te lo juro, debes creermelo, *io* jamás te traicionaría.

—Los traidores me dan asco. No cabe duda de que tienes poco aguante, Pietro. Una paliza, te han estropeado la cara y cuando ya creías que tu confesión no aparecería, hela aquí en mis manos, claro

que no debo preocuparme demasiado por la confesión de un muerto.

—¿Un muerto, dices?

Pietro se llevó la mano a la chaqueta cuando recibió un balazo por la espalda, un balazo que apenas produjo ruido, pero que lo hizo caer sobre la mesa.

—Lester, Bob, llevadlo a la funeraria, discretamente, claro. Un cuerpo reducido a cenizas no deja huella.

Los dos aludidos se adelantaron para recoger el cuerpo de Pietro, horadado en la espalda por donde perdía sangre. Se lo llevaron arrastrando hacia el ascensor privado.

Spyro se volvió hacia Emerson. Sonriendo cínicamente, le preguntó:

—Has leído lo que dice esta confesión, ¿verdad?

—No, no, me la han dado doblada, sólo he hecho de emisario. Ya sabe que puede confiar en mí.

—Sí, eso pienso.

Hizo una expresiva pausa, agregando:

—Pero cuida de que suelten a Collins.

—Sí, sí, haré lo imposible —se apresuró a decir trémulo mientras aún bailaba en su retina la imagen del desgraciado Pietro.

CAPÍTULO X

CUANDO el ascensor se detuvo en el parking subterráneo en el lugar especial y secreto para que no fuera utilizado por nadie, Bob y Lester miraron hacia el exterior antes de decidirse a sacar su macabra carga.

—No hay nadie a la vista —gruñó Lester.

—Démonos prisa —agregó Bob.

Lo arrastraron por los brazos, dejando que los tacones de los zapatos de Pietro dejaran una señal apenas perceptible en el suelo hasta detenerse tras el maletero de un amplio «Chrysler».

Lester sacó una llave y se dispuso a abrir el portaequipajes. Giró la llave en la cerradura, y al levantar la tapa se encontró con una desagradable sorpresa.

—¡Mavors!

Lester dejó el cuerpo de Pietro y levantó sus manos, preocupado y ceñudo. Mavors les apuntaba desde el interior del maletero con una pistola.

—Donde menos se espera aparece el Murciélago —comentó con sarcasmo el propio Mavors.

—¿Cómo te has metido ahí dentro? —inquirió Lester preocupado.

—Cuando un mago de salón hace sus trucos, jamás explica el sistema. Ahora, los dos cara a la pared. Pegad las manos al cemento y echad las piernas hacia atrás. No quisiera tener que enviaros al infierno, no sois vosotros quienes me interesáis sino Spyro.

—Spyro te matará —observó Bob.

Mavors salió del maletero. Cuando ya los dos Sicarios de Spyro

estaban contra la pared, se inclinó sobre el cuerpo que yacía en el suelo y observó:

—Pietro todavía vive. ¿Le habéis disparado vosotros?

—No, ha sido Bennet —aclaró Lester.

—Bennet, ¿eh? Un sujeto peligroso.

—Cállate, Lester —gruñó Bob—. A Spyro no va a gustarle que hablemos.

—Si os liquido, dará lo mismo que a Spyro le guste o no.

—Pero no nos va a liquidar, ¿verdad? Has dicho que no tenías nada personal contra nosotros.

—No, no lo tengo. ¿Adónde lleváis a Pietro?

—A la funeraria.

—¿Todavía vivo y ya para el crematorio?

—Pensábamos que estaba muerto —observó Lester, más hablador que su compañero.

—Pues yo creo que se salvará.

—Eres muy optimista, Mavors —gruñó Bob.

—No, sé cómo se respira cuando se va a ir uno al infierno.

—¿Vas a salvarle la vida? —preguntó Lester—. No vale nada, está sentenciado por Spyro.

—Por eso precisamente quiero salvarle la vida y uno de vosotros se vendrá conmigo.

Mavors, con su pistola en la mano, se acercó por la espalda a los dos sicarios.

Les golpeó en la nuca uno tras otro, con efectividad y dureza. Ambos se hundieron en las tinieblas, unas tinieblas dolorosas que tendrían un jaquecoso despertar.

* * *

—Hija, has hecho muy bien en citar a ese hombre aquí, en esta terraza.

—Me hubiera gustado decirle que era para presentarte, papá.

—Es mejor darle una sorpresa, ya que te empeñas en rechazar a Spyro que sería el mejor partido para ti, una boda excepcional. Veremos qué tal se porta Mavors, ya tengo deseos de conocerle personalmente.

—Es un hombre extraño y muy especial. Quizá esté obrando con apremio, puede que a él no le gusten las presentaciones.

—No me digas que es uno de esos sujetos con melenas que piden

a las chicas irse por las buenas con ellos, sin casarse ni nada.

—No, Mavors tampoco es de esos. —consultó su reloj, impaciente.

—Se retrasa algo, ¿verdad, pequeña?

—Creo que Mavors ha de ser un hombre muy puntual. Mira, ahí viene.

En efecto, Kirk Mavors apareció frente a la terraza del restaurante. Frunció el ceño al descubrir a Alfred J. Sullivan, candidato a la gobernación por el estado de California.

—Hola, Dy, veo que estás acompañada.

—Es mi padre.

—Sí, ya le reconozco, se han visto muchos posters con su retrato estos días. El ex senador Sullivan es muy conocido en California.

—Mi hija me ha hablado de usted, Mavors. Parece que siente cierta simpatía por usted y la verdad es que además de instruida la había considerado mucho más inteligente.

—¡Papá!

—Perdona, Dy, estoy seguro de que Mavors no se siente ofendido en sus sentimientos. ¿No es así, Mavors?

—Supongo que no le caigo muy simpático que digamos, Sullivan. Sé que su ilusión sería casar a Dy con Spyro para que éste lo apoye en su campaña política.

—¿Y cree que sería una boda descabellada? —preguntó mientras hundía su mano en el bolsillo de la chaqueta. Palpó un diminuto aparato, pulsando un resorte del mismo.

—Creo que sobre el porvenir de Dy es ella misma quien debe decidir.

En aquel momento apareció frente a la terraza del restaurante un coche patrulla que se detuvo haciendo chirriar sus ruedas. Mavors lo miró con recelo. Sullivan, poniéndose en pie, señaló a Mavors exclamando:

—¡Este es!

—¿Una trampa? —se preguntó Mavors mirando a Dy.

—¡Te juro que no sabía nada, Mavors, nada!

No había tiempo para explicaciones. Aparecieron cuatro policías uniformados de la Metropolitana de Los Ángeles cuando llegaban otros coches patrulla acordonando la zona e impidiendo la huida de Mavors.

Mavors saltó por encima de las mesas, provocando grandes gritos de susto entre los comensales.

—¡Mavors, deténgase! —le conminó un sargento de la policía mientras efectuaba dos disparos al aire.

A los tres primeros coches patrulla se unieron seis más. Aparecieron fusiles y agentes uniformados por todas partes, Mavors, en un alarde de facultades físicas, saltó de una parte a otra del lujoso y aireado restaurante.

Varios agentes que estuvieron a punto de apresarle rodaron por tierra a causa de las patadas y puñetazos que les propinó.

Armó un gran estropicio en el restaurante tratando de escapar, pero los agentes de la policía, bien armados, se habían multiplicado como un ejército de hormigas.

Un policía, provisto de una metralleta, hizo una ráfaga agujereando la pared por encima de la cabeza de Mavors al tiempo que le advertía:

—¡Entréguese o lo hará muerto!

—Está bien, está bien, muchachos, no se me enfaden, creí que estábamos jugando al rugby.

Rodeado como por un enjambre de abejas, fue sujetado y cacheado. Para disgusto de los agentes, Mavors no llevaba arma alguna encima.

Las manos le fueron esposadas a la espalda mientras el público, que se había echado al suelo bajo las mesas, temiendo ser alcanzados por una bala perdida, apaciguaba ya su histerismo.

Dy salió a su encuentro moviendo su lacio y largo cabello negro.

—Te juro, Mavors, que no sabía nada de esto.

—Ha sido cosa mía —aclaró Sullivan adelantándose suficiente—. Este hombre es peligroso, un terrorista. Lanzó el cóctel Molotov en la fiesta pro mi campaña electoral y además he tenido la desgracia o suerte de conocer sus antecedentes penales. Es un sujeto de cuidado al que apodan el Murciélago.

—¿Cómo lo sabe, Sullivan? —preguntó Mavors siempre con las manos esposadas a la espalda y cogido por los brazos por dos fornidos agentes—. ¿Se lo ha dicho su amigo Spyro?

—¿Qué importa quién me lo haya contado?

—Sí debe de importar, Sullivan. Si soy Mavors, no me apodan el Murciélago. Si soy Fullwer, sí, pero Fullwer murió en un accidente

de aviación.

—¡Llévenselo, no conseguirá liarnos con sus palabras! La ley se encargará de usted, Mavors.

—¡Papá, jamás hubiera pensado que podías hacerme una cosa así!

—Hija, lo he hecho por tu bien. Ese hombre es un hampón sin escrúpulos.

—Déjame, papá, déjame.

Se apartó de su padre mientras Mavors era introducido en un coche policial tras su espectacular captura por los agentes de la policía.

CAPÍTULO XI

EL ayudante del fiscal, Emerson, pasó entre los agentes que vigilaban las celdas y se detuvo frente a la celda en que se hallaba Mavors, el Murciélagu.

—Hola, Emerson, volvemos a encontrarnos —saludó el encarcelado desde su catre, sin ademán de levantarse y con un cigarrillo entre los labios.

—Se creía muy listo y ha sido cazado.

—Un pequeño error puede sufrirlo cualquiera.

—Confiar en las mujeres siempre ocasiona problemas, usted debería saberlo.

—Vamos, Emerson, yo no estoy preocupado, usted me sacará de aquí ahora mismo.

Emerson puso cara escéptica y observó:

—Parece muy seguro de lo que dice.

—A Spyro le conviene que me saque de aquí dentro. ¿De qué van a acusarme, de quemar un automóvil en el Maritime Golden-Star Club? A Spyro no le conviene que eso suceda, tengo a Pietro y vivo.

—¿Dónde?

—No gaste saliva, Emerson, y arrégleselas para sacarme de esta suite principesca, no estoy acostumbrado tanto lujo. Dese prisa, podría molestarme por pasar otra hora encerrado.

—No es fácil sacarle. Su detención ha resultado muy espectacular y ha sido el propio Alfred J. Sullivan quien le ha identificado.

—Todo un error senil por su parte, creo que Spyro va a

molestarse bastante con él. Usted puede justificar la situación diciendo que he sido mal identificado, que todo se trata de un error. Ya se lo he advertido, dese prisa. Lester también está en mi poder y es muy hablador. Sé mucho sobre Spyro, pero sigo conformándome con un millón de dólares, no soy ambicioso.

—A Spyro no le gustan los chantajistas —gruñó Emerson.

—Ni a Spyro ni a nadie. La sangría molesta a todo el mundo, pero cada cual va a su negocio. Por ejemplo, Pietro, después del balazo que ha recibido por la espalda, se ha vuelto muy locuaz.

—¿Qué piensa hacer con él?

—No es un socio muy de fiar. Lo mantendré vivo hasta que Spyro me pague el millón.

—¿Y luego?

—Le he prometido cien de los grandes, pero tendré que darle un balazo en el pecho. No me gusta dispararle a nadie por la espalda.

—Si Pietro se entera de que va a hacer eso con él, no le ayudará.

—Pietro no se enterará de nada, le tengo bien cuidado. Sé hacer las cosas, Emerson. Ahora, apresúrese a sacarme de aquí o Spyro lo lamentará y si él lo lamenta por su culpa, más le vale ir contratando los servicios de una funeraria respetable. Un ayudante del fiscal del distrito precisa un sepelio digno aunque sea una rata más podrida que un proxeneta. Todos sabemos que las apariencias engañan.

—¡No le tolero que me insulte! —masculló Emerson malhumorado.

—¿Por qué? ¿Acaso se siente usted fuerte al otro lado de las rejas? —Mavors rio cínicamente—. Dentro de esta celda, yo puedo ser mucho más fuerte que usted fuera.

Emerson, emitiendo un gruñido, se alejó. Dos horas más tarde, un agente le abrió la puerta de la celda.

—¡Vamos, las manos a la espalda!

—¿Qué sucede, tengo visita?

—Vamos, vamos, no hagas preguntas, sólo te diré que vas a ser trasladado.

—A lo mejor han seleccionado una suite mejor que ésta —comentó con sarcasmo.

En el furgón había tres agentes y otro recluso dentro.

—Hola, compadre, parece que vamos de turismo —saludó Mavors.

—Sí, a mí me gusta viajar sin billete, lo malo es que las pulseras no me acaban de agradar —dijo mostrando las esposas que unían sus muñecas.

El furgón se puso en marcha. Ninguno de los dos presos pudo ver por donde circulaban.

—Oye, ¿tú eres el Murciélagos?

—Así me apodan.

—Una vez, un tipo me habló de ti y de tu especialidad nocturna. Dicen que vuelas sobre las tapias.

—Bah, mucha leyenda.

—Yo me llamo Collins.

Al fin, el furgón policial se detuvo. Al abrirse su puerta les llegó un grato olor a plantas. Era de noche.

—Parece que nos han sacado a pasear por un parque —comentó Mavors.

Uno de los agentes ordenó:

—¡Afuera los dos!

Cuando hubieron salido los dos, los policías cerraron el furgón y lo pusieron en marcha, alejándose sin decir nada y con los faros apagados.

—Vaya, esos tres también están sobornados por Spyro —dijo Mavors.

—Spyro, aunque alguien no se lo crea, tiene todo un ejército en su organización. ¿Tú eres nuevo?

—Sí, creo que Spyro tiene especial cariño por mí, pero ahora será mejor que corra un poco aunque sólo sea para hacer piernas.

—Quieto —advirtió la voz de Bennet, apuntándole con una pistola.

Junto a Bennet aparecieron tres hombres más. Uno de ellos llevaba unas llaves. Collins les saludó amigable.

—Ya era hora de que me sacarais de la «trena».

A Collins le fueron libertadas las manos. Por su parte, Mavors tendió las suyas esposadas.

—Tú, no —gruñó Bennet con claridad, sin tapujos.

—Vaya, no es mi noche de suerte. Creo que será inútil que trate de escapar.

—Sería un error por tu parte, Mavors, tendría que matarte —advirtió Bennet.

Mavors fue introducido en un coche grande y éste se dirigió al Maritime Golden-Star Club. No se detuvo hasta llegar junto a la pasarela del yate Tlazolteotl.

—¿Vamos a emprender un viaje de recreo?

—Eres muy irónico, Mavors, pero creo que pronto se te pasarán las ganas de ser socarrón.

El rostro amenazador y siniestro de Spyro, con sus ojos escondidos tras las gafas redondas y negras pese a la escasa luz, aguardaba en lo alto de cubierta.

Mavors, pese a estar esposado con las manos por delante y cuando era empujado por la pasarela, se lanzó al agua de cabeza.

—¡Maldito hijo de perra! —masculló Bennet haciendo un disparo.

Desde lo alto y tras ver desaparecer en las aguas negras y oscuras a Mavors, Spyro ordenó apremiante y un tanto nervioso:

—¡No le disparéis, lo quiero vivo! Esposado no podrá nadar, sacadlo aunque sea con un arpón, pero vivo.

Nadar con las manos esposadas no era fácil, pero Mavors debía conseguirlo o sería capturado por Spyro. Vendría luego la tortura lenta, implacable, despiadada.

Sacó la cabeza fuera del agua para llenar sus pulmones con el máximo de oxígeno.

—¡Ahí está, echadle una cuerda y laceadlo! —indicó Bennet.

Mavors se encorvó sobre sí mismo y hundió su cabeza en las negras aguas. Nadando como si sólo tuviera una mano, se hundió hacia el fondo aunque la fuerza que ejercía sobre el agua era la de dos palmas abiertas, ligeramente cóncavas.

Se sumergió tanteando el casco de la nave y cuando tocó la quilla, efectuó un giro ascendiendo en busca de más aire porque los pulmones semejaban querer estallarle. No tenía aire para oxigenar su sangre y alimentar su cerebro.

Nadó sin despegarse del casco hasta la cadena del ancla. Se detuvo pegado a ella mientras oía voces que no entendía bien.

—¿Se habrá enganchado en el fondo?

Siguieron buscándole.

—No ha podido escapar —gruñó Bennet.

Barrieron el agua con linternas. Mavors escondió su rostro junto a la cadena, hundiéndolo en el mar curdo el haz de luz lo buscó allí.

—Se habrá enganchado con algún hierro de los que habrá abajo. Estos fondos de los muelles siempre están sucios —gruñó Spyro—. Sin embargo, que permanezca alguien de vigilancia, no quiero sorpresas.

Transcurrieron los minutos y Mavors seguía en remojo junto a la cadena del ancla.

Comenzaba a estar harto de las esposas policiales

Había que desprenderse de ellas si quería salir de aquel atolladero.

Recordó las palabras de Spyro y cogiendo aire, se volvió a doblar sobre sí mismo, yendo en busca del fondo.

Aquel muelle no podía ser muy profundo, ya que era un embarcadero moderno para naves deportivas y quizá el propio yate quedara a escasa distancia del fondo.

Siguiendo la cadena, descendió hasta tocar el fondo. Tanteó con las manos, ya que nada se veía, pero el aire se le terminaba y nadar con las manos esposadas era sumamente dificultoso.

Tres veces hubo de zambullirse hasta conseguir encontrar algo que le sirviera, y ello fue un alambre un tanto oxidado.

Se sujetó con las rodillas a la cadena del ancla y comenzó a trabajar con una de las puntas del alambre, utilizándolo como ganzúa.

Su posición era más que apurada y los medios con que contaba, paupérrimos, pero tras largos esfuerzos logró abrir la cerradura que bloqueaba las manecillas, liberando sus manos.

Se colgó las esposas ya abiertas del cinturón y comenzó a trepar por la cadena del ancla hasta que sus manos se aferraron al piso de la cubierta de proa.

Se alzó a pulso hasta colocar sus ojos a ras de suelo.

Desde tan difícil posición oteó la cubierta, donde podía verse la sombra de un hombre.

Vio como el hombre caminaba y cuando lo vio alejarse por el lado de babor, se alzó y subió a cubierta filtrándose por la baranda de acero. Gateando, busco protección en las sombras.

CAPÍTULO XII

ESTABA seguro de que Spyro no estaría solo. Si hacía ruido y era descubierto, caería sobre él un enjambre de matones.

Se pegó a una de las paredes y en ella halló un arma de emergencia, un hacha que descolgó. Debía servir para los casos de incendio.

Con el hacha en la mano, buscó al hombre que vigilaba la cubierta. Al hallarlo, se acercó con cuidado, dándole un fuerte golpe con el lomo del hacha y durmiéndolo sin concesiones.

Al caer al suelo le reconoció.

—Bennet.

Lo cacheó, quitándole la pistola. Luego, le puso las manos a la espalda y lo sujetó con las esposas. Sacó su pañuelo y se lo introdujo en la boca. Le quitó la ancha corbata de moda y lo amordazó de tal forma que sería incapaz de emitir un solo gruñido. Con la pistola de Bennet en la mano, se introdujo en el yate. Conocía el camino al camarote de lujo, lo había recorrido con anterioridad cuando visitara la lujosa nave de recreo.

Por debajo de la puerta se veía luz.

Al tratar de abrirla, se percató de que estaba cerrada por su parte interior, quizá con un cerrojo. Había que sacar a Spyro de su madriguera.

En unos lavabos halló un botiquín de emergencia y de él tomó el alcohol. Descolgó uno de los eficaces extintores y regresó a la puerta de Spyro.

Vertió un poco de alcohol bajo la puerta y sacó su encendedor de gas. Tras varias intentonas, consiguió encenderlo y prenderle

fuego al alcohol.

En aquellos momentos ignoraba dónde se encontrarían los demás hombres de la organización de Spyro, pero tenía que arriesgarse.

Las llamas del alcohol prendieron en la puerta y pasaron al interior del gran camarote, produciendo el efecto deseado. Escuchó pasos corriendo, se abrió la puerta y apareció Spyro gritando.

—¡Fuego!

Spyro se llevó en pleno rostro la primera parte del extintor. Retrocedió aturdido.

Mavors apagó el fuego en menos de tres segundos. El alcohol vertido era escaso y el extintor, potente. Acto seguido, penetró en el camarote y cerró la puerta tras de sí.

—¡Mavors!

—No me he ahogado y volvemos a vernos.

—¡Maldito hijo de perra!

Spyro corrió hacia un mueble estantería adosado a una de las paredes, pero Mavors le advirtió:

—Es tarde para buscar una pistola, yo ya tengo una.

Spyro se detuvo desconcertado, todavía aturdido por la espuma del extintor.

—¿Cómo es posible, si estaba desarmado?

—Es la pistola de Bennet.

—¿De Bennet? No puedo creerlo.

—Se ha quedado durmiendo en la cubierta.

—¡Cretino, estoy rodeado de estúpidos!

—No son estúpidos, Spyro, es que yo soy más astuto, más eficaz. Lamento carecer de modestia, pero como se obstina en subestimarme...

—No se saldrá siempre con la suya, Mavors.

—Vamos, Spyro, dese por vencido. Sé mucho sobre usted. Bennet no consiguió liquidar a Pietro.

—¿Dónde lo tiene?

—Si me hubiera capturado vivo, ahora me estaría torturando para averiguarlo, pero las posiciones están invertidas, Spyro. Soy yo quien manda. Un error de Sullivan el hacerme arrestar utilizando a su hija, un error del que usted ha intentado aprovecharse. Por lo visto, tiene a unos cuantos polizones sobornados.

—Soy muy fuerte y usted no va a hundirme, Mavors —masculó Spyro.

—No me interesa hundirlo, sólo quiero un millón de dólares, ya lo he repetido en varias ocasiones. Soy modesto, y eso que Lester me ha contado que preparó el coche de Ramírez, el play-boy sudamericano, para que reventara en un accidente de carretera. Llenó su coche de gasolina y de esta forma jamás cobraría los cuatro millones de dólares. Un negocio limpio, ha adquirido un yate por nada, sólo que ha liquidado a cuatro y deteriorado algunos coches en la autopista.

—No podrá chantajearme con esa historia, ningún tribunal se la aceptaría.

—Tengo a Lester en mi poder, no lo olvide.

—¿Dónde?

—Eso es asunto mío.

—Debe tener cómplices, ¿verdad? Usted solo no podría retener a Pietro y a Lester, incluso supongo que a Pietro lo está curando.

—Sí, le he prometido cien mil dólares y después del balazo que ha recibido por la espalda va a colaborar con mucho gusto. En cuanto a Lester, bueno, a él, con veinte mil dólares es suficiente.

—No puedo creer que me traicione.

—Iluso, se cree muy fuerte y sólo está rodeado de ratas que no le son fieles, que se van al basurero que les es más propicio.

—Se considera muy listo, pero una simple bala puede barrerle del mundo de los vivos.

—Como a todo el mundo, Spyro, pero a usted no le conviene que eso ocurra.

—¿Por qué? ¿La consabida carta a las autoridades?

—Ya sé que tiene hombres sobornados, pero el asunto del sabotaje al trirreactor 727 no es asunto estatal sino federal. Si se enteran de que fue usted quien hizo estallar aquel avión el ocho de febrero, se terminó Spyro y su imperio. Ahora ya no hay cámara de gas o la parrilla eléctrica, pero una condena a perpetuidad no se la quita nadie y en una prisión de alta seguridad. Una celda estrecha, vigilancia cerrada, silencio casi absoluto. Algunos se vuelven locos porque no pueden soportarlo.

—No es preciso que me pinte un futuro tan negro. A mí no me encerrarán nunca, Mavors, soy más astuto que usted.

—Pues no lo demuestra. Por un solo millón se verá libre de mí.

—No me fío. Puede convertirse en una sanguijuela para toda mi vida.

—Seré buen chico y me conformaré con un millón.

—¿Qué garantías tengo?

—Tendrá que fiarse de mi palabra.

—Es poco.

—Creo que podré hacerle un regalo extra.

—¿Cuál?

—Cuando me dé el millón, le entrego a Lester y a Pietro.

—¿A los dos?

—Sí. Si lo prefiere, con un balazo cada uno.

—De modo que piensa asesinarlos.

—Ellos no lo saben, claro, pero pienso que si todo el trabajo y el plan es mío, ¿por qué tengo que darles unos puñados de miles de dólares? Puaf, son basura. Les hago creer que si me ayudan resultarán beneficiados y ellos siguen el juego.

Spyro quiso insultarle, pero, de súbito, estalló en una carcajada. Era como si por fin viera la solución a su problema.

—Eres casi tan canalla como yo, Mavors. Creo que no me queda otro remedio que aceptar el trato e incluso puedes ganar más si quieres.

—¿Cómo?

—Ocupando el puesto de Bennet.

—¿Piensa liquidarlo?

—No, pero no es tan listo como él supone o como yo había pensado. Tú serías mi perfecto lugarteniente.

—Gracias por el empleo de sicario, Spyro, pero no me interesa, yo trabajo solo. Cogeré el millón de dólares y me largaré quizá a las Hawái o a Europa, no lo he decidido todavía, lo que sí sé es que pienso divertirme todo lo que pueda. No me gusta que me den órdenes.

—Está bien, está bien, te daré tu millón y cierra la boca para siempre. ¿Cuándo concluimos el trato?

—Ya te avisaré. Quiero billetes pequeños y no nuevos, de numeraciones variadas y no se te ocurra traerme billetes falsos, soy un experto y podría molestarme. A veces no acepto bien las bromas pesadas.

—Un millón de dólares en billetes pequeños, variados de numeración y usados, ocuparán mucho espacio.

—Busca una buena maleta con cierres seguros. En cuanto a los billetes, un tipo como tú, con un pequeño Banco, tiene mucha facilidad para obtenerlos, en especial cuando los dólares que se ingresan en tu Banco son los que pagan los viciosos de los narcóticos los proxenetas que tienes a sueldo y que cultivan su rebaño de rameras desdichadas. En fin, en todos tus hediondos negocios entran billetes pequeños y usados, en especial en las apuestas ilícitas que controlas.

—No eres el único que conoce mis negocios. Hay gente importante que lo sabe, pero los dólares cierran muchas bocas.

—¿Sullivan, por ejemplo?

—¿Qué hay entre tú y Dy? ¿Por qué te atrapó Sullivan con ella?

—Una casualidad.

—¿Conoces a la chica?

—Ella no sabe realmente quién soy. La estoy utilizando para acercarme a ti.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas al viejo amigo de la familia de Dy que la acompañaba?

—Sí, el profesor de ahora no recuerdo qué.

—Ornitología. Pues el profesor era yo y por eso estuve aquí.

—¡Diablos, de veras me has sorprendido!

—Ya ves que puedo acercarme a ti cómo y cuándo quiera. Podía haberte liquidado, pero no era ésa mi inatención.

—Sí, ya sé que lo que quieres es el millón de dólares.

—Pues, no hablemos más, Spyro. Desde mañana por la mañana ten el dinero preparado. Al anoecer, sobre las diez, te haré una llamada. Sólo tendrás veinte minutos para acudir al lugar de la cita y lo harás solo. Si te retrasas, pensaré que no has querido pagar y daré la noticia al FBI. Pietro y Lester hablarán hasta por los codos cuando los agentes del FBI se hagan cargo de ellos.

—No será necesario. Cerraremos bien el trato, pero eso sí, quiero la confesión original de Pietro y también a él y a Lester.

—Muy bien. Tendrás el placer de mandarlos al infierno por ti mismo. En el bussines center, quien paga manda. Ahora, date la vuelta.

—¿Para qué?

—No quiero salir perseguido por unos cuantos abejorros de plomo.

—Te doy mi palabra de que no dispararé, pero no me golpees la cabeza. Me desagrada profundamente, luego sufro fortísimas jaquecas.

—Está bien, no te golpearé la nuca con la pistola.

Antes de que Spyro pudiera sonreír, satisfecho, Mavors se había pasado la pistola a la zurda, propinándole un derechazo en la mandíbula.

Spyro cayó redondo sin proferir un solo gruñido. Mavors tenía ya la salida libre.

CAPÍTULO XIII

—**A**sí me gusta, Sullivan, que hayas acudido aprisa a mi llamada.

Dy estaba disgustada. Cualquiera hubiera advertido que estaba allí casi a la fuerza.

—Me has dicho que era muy urgente.

—Cometiste una torpeza al hacer detener a Mavors el Murciélago.

—Pero, ¿no dijiste que había sido él quien arrojó el cóctel Molotov?

—Sí, el mismo de la ficha policial que te mostré, pero antes de hacer algo por tu cuenta, pídemelo permiso.

Dy se volvió hacia su padre, irritada.

—¿Es que vas a dejarte mandar por él, es que eres su servidor?

—Cállate, Dy.

Spyro les miró a ambos y sonrió.

—Dy, será mejor que obedezcas a tu papá, te conviene. Él sabe lo que le interesa mejor que tú. Sabe muy bien que sin mi apoyo no es nadie. Cuando le recogí, estaba más que en la miseria, quitándote incluso parte de las rentas que heredaste de tu madre.

—¡Spyro, quedamos que eso...!

—No levantes la voz, Sullivan, me molesta.

—Papá, de modo que sí eres su hombre de paja.

—Dy, hay cosas que aún no puedes comprender. En la alta política hay que hacer algunas concesiones.

—¿Algunas o todas, papá?

El ex senador miró suplicante a Spyro para que le ayudara a salir

del aprieto.

—Dy, conforme avanza la vida, se va enterando uno de ciertas cosas.

—¿Cómo que el padre no es el hombre íntegro que siempre se creyó?

—Tu padre quiere ser gobernador, Dy, eso es loable —dijo Spyro irónico.

—¿Para que luego se mueva al compás que tú le marques? Si es cierto lo que sé de ti, Spyro, me siento enlodada por solo estar aquí, en tu despacho, escuchándote.

—Vaya con el orgullo de la reina —se sonrió Spyro poniéndose en pie—. ¿Quién te ha contado todo eso de mí?

—¿Acaso importa? La verdad es lo que interesa.

—Quizá ha sido Mavors el Murciélago.

—Y si fuera él, ¿qué? —inquirió alzando la voz altiva.

—Pues que ese Mavors, al que pareces hacer caso, no es tan digno ni tan paladín como pretende hacerte creer.

—¿Vas a tirar tierra sobre él para que lo aborrezca también?

—Te advertí que ese Mavors es un hampón despreciable —terció su padre—. Spyro lo sabe mejor que nosotros.

—¿Por qué? ¿Acaso porque él se siente reyezuelo entre los hampones? Papá, creo que entre los dos ya no hay nada más que hablar.

Dy hizo ademán de alejarse hacia la puerta, pero ésta no se abrió y era de acero inoxidable.

—Ábreme la puerta.

—Vamos, Dy, cálmate, no os he hecho venir para una estúpida discusión. Te hace falta abrir los ojos a la vida y seguro que verás mejor el futuro que te conviene. Ya sé que ese Mavors es mucho más joven y apuesto que yo, pero carece de mi fortuna, de mi poder. En realidad, él es un hampón solitario.

—¡No quiero estar aquí ni un solo minuto más!

—Dy, tienes que pensar en qué es lo que más te conviene. Hija, destrozas mi carrera. ¿Qué pretendes, que pase mi vejez pidiendo limosna cuando podría estar sentado en el Capitolio de California?

—He sido siempre tan ingenua que he creído que deseabas sentarte en el Capitolio para gobernar, para mejorar el Estado y no para tomarlo como una pensión senil y vitalicia.

—Dy, será mejor que te descubra algo que ignoras acerca de tu héroe, ese Mavors,

—No necesito saber nada más.

Spyro sacó una maleta que se hallaba tras su escritorio. La puso sobre éste y la abrió. A Sullivan se le agrandaron los ojos y silbó de admiración.

—Aquí hay una fortuna.

Spyro rodeó la mesa y acercándose a Dy, la cogió por el brazo, tirando de ella hacia la maleta.

—¡Suéltame, me haces daño!

—Vamos, Dy, mira cuánto dinero.

—¡Suéltame! —Miró a su padre, silabeando—: Esto es vergonzoso. Otro hombre, en tu lugar, no dejaría que su hija fuera humillada por un sujeto tan repugnante como despreciable.

Spyro, ya harto, la abofeteó. Dy encajó los golpes sin quejarse y Alfred J. Sullivan bajó la cabeza, humillado.

—¡Mira, mira todo este dinero, un millón de dólares para un chantajista, porque un chantajista y no otra cosa es Mavors el Murciélago!

—No puedo creerlo. Mavors será lo que quieras, pero no un sucio chantajista.

—Pues lo es y yo soy su víctima. Se ha enterado de cosas y para que cierre la boca tengo que pagarle esta noche un millón de dólares.

—¡No lo creo!

—Pues tendrás que creerlo. Te ha estado utilizando para poder acercarse a mí y rodearme mejor con la trampa en que me ha hecho caer. Sí, te ha utilizado como cuando se disfrazó de viejo profesor amigo de tu familia.

—¿Cómo sabes que era él?

—Porque el propio Mavors me lo ha dicho. Me ha explicado que se rio de ti.

—¡No!

—¡Sí!

—¡Suéltala ya, Spyro, le haces daño! —protestó Sullivan, incapaz de resistir la desairada posición.

—¡Cállate, Sullivan! Los tipos como tú me dais asco, sólo sois peleles para ser manejados.

—¡Yo seré lo que quieras, pero deja en paz a mi hija!

—¿Dejarla en paz? La he traído para que me diga dónde se esconde Mavors, aún estoy a tiempo de salvar este millón de dólares porque ella lo sabe.

—¡No lo sé!

Spyro, herido por tanto desprecio y rabioso por tener que pagarle a Mavors el millón de dólares cuando había pensado que jamás lo haría, volvió a abofetear a Dy.

—¡Ya está bien, Spyro!

Sullivan, mucho más débil físicamente que Spyro, forcejeó con éste para que soltara a la joven.

Spyro le propinó un fortísimo puñetazo que lo lanzó contra la mesa.

Sullivan se golpeó en la nuca y quedó tendido en el suelo, inmóvil.

Al verle con los ojos abiertos, pero vidriosos, Dy lanzó un grito de horror y zafándose de Spyro se inclinó sobre el ex senador.

—¡Papá, papá, te perdono, papá, perdóname tú a mí! —sollozó. Luego, se volvió hacia Spyro—. ¡Asesino, lo has matado, asesino!

—Estúpidos, estúpidos los dos. Es un viejo imbécil que ahora se muere después de todo lo que he invertido en él.

—Pues se acabó tu inversión, asesino. Irás a la cárcel por el resto de tus días y lamento sinceramente que hayan abolido la pena de muerte.

—¿A la cárcel de por vida? No me hagas reír, pequeña. Me complica las cosas, lo admito, pero nada más. Nadie me meterá en la cárcel, nadie puede con Spyro.

—¡Yo sí podré porque voy a acusarte de asesinato!

—No, pequeña, tú no podrás.

Dy, comprendiendo que Spyro no iba a dejarla escapar, corrió hacia la puerta, mas de nuevo se enfrentó con un muro infranqueable al que golpeó en vano con sus finos puños.

Spyro, sonriendo con sarcasmo, caminó hacia ella inexorable, implacable, mientras en el suelo seguía tendido el cadáver de Alfred J. Sullivan, con los ojos abiertos.

CAPÍTULO XIV

DY jamás había supuesto que recibiría tantos golpes en su vida. Las piernas le flaqueaban, doblándosele por las rodillas, mas Spyro no la soltaba.

—¡Vas a decirme dónde se esconde Mavors!

—¡Aunque lo supiera no te lo diría, asesino!

En aquellos momentos sonó el timbre del teléfono que había sobre el escritorio. Spyro miró el aparato y dejó caer a Dy al suelo, vencida por la golpiza.

Desahorquilló el auricular y gruñó:

—¿Diga?

—Habla Mavors, Spyro.

—¿Mavors? No esperaba oírte tan pronto.

—Estoy listo para cobrar. Dentro de unos minutos debes estar en la funeraria Wells.

—¿En la funeraria Wells? —repitió sorprendido.

—Sí. Lester me la ha sugerido como un lugar excelente para la operación y me ha parecido bien, ya que tú la conoces sobradamente.

—De acuerdo. Dentro de veinte minutos estaré allí.

—Vas a traerte otra cosa además del millón.

—¿Otra cosa? ¿No quedamos en que ya no pedirías más?

—Se trata de Dy. Sé que la tienes contigo.

—¿Estás muy seguro?

—Sí, y la traerás aquí.

—¿Por qué?

—Porque yo la quiero ver viva. Si no la traes, atente a las

consecuencias.

—De acuerdo, de acuerdo, pero tú no te olvides de Pietro y de Lester.

—Eso es, haremos un intercambio, un canje como se diría en el mundo del espionaje internacional.

Se cortó la comunicación y Spyro miró a Dy.

—Vamos a tener que salir todos de paseo.

—¡Gritaré que eres un asesino!

—No gritarás.

Se acercó al mueble-bar y vertió un poco de whisky dentro de un vaso, añadiendo tres tabletas que comenzaron a disolverse, eliminando la transparencia original del licor.

Con el vaso en la mano, se acercó a Dy que seguía medio arrodillada en el suelo.

—Vamos, tómame esto con sumo cuidado.

—¡No!

—Te obligaré.

Spyro le cogió una mano y se la retorció hasta hacerle doblar la espalda hacia atrás. Con la mano libre, fue acercando el vaso a la boca femenina, pero Dy se resistía a beber.

—Está bien, te obligaré de otra manera.

Spyro, inclinado sobre la muchacha, a la vez que le retorció el brazo le mordió la nariz privándola de la respiración.

Llena de dolor y buscando aire, Dy abrió la boca. Spyro vertió la bebida dentro de ella y luego la soltó.

—Ya está.

Dy tosió con fuerza, pero la bebida drogada ya estaba en su cuerpo.

—¡Canalla!

—No es nada, sólo para que vayas un poco más tranquila de paseo. En cuanto a tu padre, también lo sacaremos. En la funeraria hay un excelente horno crematorio donde se reducirá a cenizas. Durante unos días se hablará de la desaparición del ex senador Sullivan, pero luego se olvidarán. Una pena para mí que he perdido mucho dinero con él, pero, así es la vida, unas veces se gana y otras se pierde, aunque perder del todo jamás me ocurrirá a mí.

CAPÍTULO XV

LLAMARON a la puerta de la funeraria cerrada ya. Esta se abrió, y frente Mavors apareció Spyro.

Junto a él estaba Dy, con evidentes señales en su rostro de haber sido golpeada, aunque la escasa luz lo disimulaba en parte.

—Veo que traes la maleta y la chica.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, cómo no.

Mavors cerró la puerta y puso las cortinas bien corridas.

—Adelante, la casa es tuya.

En la funeraria, que era a su vez capilla y lugar crematorio, había muchos cortinajes. Mavors corrió uno de ellos y sentados en sendas sillas aparecieron Lester y Wells, el propietario de las pompas fúnebres.

Ambos tenían la boca tapada con gruesas telas adhesivas.

—Aquí están, modositos, pero al parecer, Dy ha tenido dificultades.

—Sí, se ha puesto algo terca.

Mavors movió su mano delante de las pupilas femeninas que apenas pudieron seguirla.

—¿Qué le has hecho, Spyro? Está como idiotizada.

—Ya te he dicho, se ha puesto terca y he tenido que dejarla suave. ¿Dónde está Pietro?

—Recuperándose todavía.

—En el trato también estaba incluido él.

—¿Quieres asesinarlo, verdad?

—Es lo más oportuno, ya que me ha traicionado.

Miró alrededor. Sólo había ataúdes de los más variados precios.

—Después de todo, no debes tenerle tanto odio. Pietro hizo un excelente trabajo al dinamitar el trirreactor 727 que el ocho de febrero debía volar de Los Ángeles a Sacramento.

—El cumplió con lo que le ordené. Sí, era un buen demoledor. No me explicó cómo puso la gellenita explosiva dentro del aparato, pero fue efectivo.

—Y tú le pagaste lo estipulado, por eso Pietro se montó el club en San Francisco.

—Sí, quería independizarse y fue su oportunidad.

—Bien, dame el millón de dólares con que piensas sobornarme para que no te acuse de sabotear el avión.

—No es soborno, esto es chantaje. Ya se lo he dicho a Dy y creo que te aborrecerá, Mavors.

—Si te ha creído, sí, pero ahora apenas se da cuenta de nada. Espero que se recupere bien.

—Sí, se recuperará.

Mavors alargó su mano hacia la maleta, pero Spyro la retiró.

—Quiero a Pietro también.

—De acuerdo, de acuerdo, tendrás a Pietro, pero me gustaría saber si creíste de verdad que asesinando al fiscal Clevery junto con los demás pasajeros del «Boeing» ibas a quedar impune de todos tus crímenes.

—Naturalmente. Emerson se encargó de limpiar todos los papeles que podían comprometerme.

—Emerson también está aquí.

—¿Cómo?

Mavors corrió otra cortina y apareció Emerson, atado y amordazado al igual que los otros dos.

—¿Por qué lo has hecho?

Mavors se llevó una mano a la axila y ésta salió armada con una pistola con la que apuntó a Spyro.

—En realidad, está detenido por aceptación de soborno y complicidad en tus sucios negocios, Spyro.

—No entiendo. ¿Qué significa esto?

Comenzaron a abrirse ataúdes como si se tratara de una terrorífica noche de Walpurgis y en su interior aparecieron hombres armados. Varios de ellos eran agentes de uniforme.

—¡Entonces, eres un polizonte!

—Así es, agente federal. —Mavors, acercándose, apartó a Dy para que no pudiera pasarle nada malo y explicó—: Nada más salir de la academia de Quantico fui destinado a los nuevos sky-marshals o comisarios del cielo, que debemos controlar los aeropuertos, impedir la piratería aérea y descubrir a los sabotadores de aviones de las líneas comerciales.

—¿De modo que te has estado haciendo pasar por chantajista para capturarme?

—Sí, desde el primer momento. Era muy difícil que admitieras tu crimen. Comenzamos a sospechar de ti, Spyro, y yo solicité un permiso especial para llevar esta investigación a mi manera. Se me concedió habida la importancia que tiene un sabotaje aéreo y la cantidad de personas que hiciste matar para eliminar entre ellas al fiscal Clevery, pero ahora, todos estos agentes son testigos de tus palabras. Has confesado y ellos lo han oído directamente. Por consiguiente, podrán atestiguar contra ti en el juicio. No tienes escapatoria. Emerson, por supuesto, vomitará cuanto sabe. Ya hay testimonios de que está sobornado por ti. Confesó como tú lo has hecho, sin darse cuenta, en la casa de fotografías, donde estaban escuchándole tras unas cortinas. Lester y Pietro también hablarán cuando este último se recupere de su intervención. Los mejores cirujanos quieren salvarle la vida aunque él pasará también el resto de sus días en presidio.

—¡No puedo creerlo! —rezongó Spyro lleno de sudor.

—Todo se ha terminado, Spyro. Utilizamos nuestros servicios de grafología del FBI para falsificar la confesión de Pietro, basándonos en escritos que el propio Pietro dejó en el ejército. Después, tuvimos que poner una ficha falsa en los archivos policiales aprovechando uno de los nombres de la lista de viajeros del «Boeing», Fullwer el Murciélago... Ese era mi plan, ya que ni de la policía podíamos fiarnos porque algunos están sobornados. Ahora habrá limpieza total de ratas. He arriesgado mi vida, Spyro, pero he jugado con ventaja. Tenía intervenido tu teléfono y por ello comencé a saber tus movimientos. Si te hubieras sabido acosado por la policía, habrías tomado más precauciones, pero un simple chantajista te parecía poca cosa. Te equivocaste, Spyro.

—¡Mis hombres están rodeándolo todo afuera!

—¿Tus hombres? Sargento, toque el silbato.

El sargento de la Metropolitana, ya que en la última redada habían colaborado juntos teniendo en cuenta la variedad de delitos estatales y federales cometidos por Spyro y su organización, asintió.

—Sí, agente.

Hizo sonar su silbato mientras un agente abría la puerta.

Con las manos en la nuca, empujados hacia el interior de la funeraria donde tantos ataúdes aparecían abiertos, fueron entrando Bennet y los demás hombres de Spyro.

—Ya ves lo que te queda, Spyro.

—¡Ha asesinado a papá! —dijo Dy torpemente, con la voz estrepitosa por las drogas tomadas contra su «voluntad».

—En el maletero de uno de los coches traen un cadáver —observó un agente.

—Tráiganlo aquí —ordenó Mavors.

No tardó en aparecer el cadáver de Sullivan. Spyro, hundido y pálido, lo miró asustado. Ya estaba entre dos agentes y bien sujeto.

—Ha sido un accidente.

—Sí, como los cuatro sudamericanos que murieron en la autopista. Lester ya lo ha contado todo. Se terminó, Spyro.

Al volver a ver el cadáver de su padre, Dy entró en un violento ataque de llanto y perdió el sentido. Mavors la recogió entre sus fornidos brazos, evitando que cayera al suelo.

—Se terminaron sus canalladas, Spyro. Buena suerte y saludos a las rejas que va a ver hasta el día que reviente.

EPILOGO

DY SULLIVAN se hallaba tendida en la cama de la clínica. Había un gran ramo de rosas rojas sobre su mesita, pero su rostro aparecía grave.

La ventana de la habitación era grande y veíanse unos amplios jardines en los que predominaban los espacios verdes y el césped abundante.

Se escucharon unos golpes tenues sobre la puerta. Miró hacia ella diciendo:

—Adelante.

Apareció un hombre en la puerta. Estaba sonriente.

—Hola, Dy. ¿Te han gustado las rosas?

—¡Mavors!

—Yo mismo. ¿Te sientes bien?

—Sí. Un inspector federal me lo ha contado todo. En la funeraria no me enteré de nada, me sentía muy mal.

—Sí, has podido morir con la fuerte droga mezclada con whisky que te dio Spyro, pero afortunadamente ya estás bien.

—Mavors, porque te llamas Mavors, ¿verdad?

—Mi verdadero nombre es Kirk Mavors, aunque dijera a todos que era falso.

—Yo no podía creer que tú fueras un canalla como Spyro pero, por un momento, todo se confundió en mi mente.

—Lamento lo de tu padre y te comprendo a ti, pero no podía decirte nada. Era una investigación muy secreta y al fin ha sido aprehendido el hombre que sabotó un avión de pasajeros, haciendo morir a más de cien personas para eliminar realmente a

una sola de ellas. La investigación fue muy difícil y laboriosa, invertimos muchos meses en ella. Se repasaron una y otra vez las listas de viajeros tratando de hallar un posible motivo hasta que se me ocurrió que el motivo podía ser el fiscal Clevery. Estudié con sumo cuidado las investigaciones que él llevaba por aquellos días y apareció el nombre de Spyro. Le dediqué todas mis atenciones y, gracias a Dios, han dado resultado, porque otros varios agentes investigaban por otros lugares. El FBI se ha comprometido en la lucha contra los sabotadores y la piratería aérea y teníamos que vencer, aunque en el futuro siga habiendo delincuentes de esta gran peligrosidad.

—Tú has vencido, Mavors, tenías la razón. Ahora, recibirás la felicitación de tus jefes.

—Sólo quiero una cosa.

—¿Qué es?

Le cogió la mano, acariciándosela, y ella no le rechazó.

—Que una mujer excepcional no piense que un agente federal, un sky-marshal, es poca cosa para compartir su vida con ella.

—¡Mavors, Mavors! —se le abrazó llorando de felicidad.

La vida había cambiado para Dy, Mavors sería todo su porvenir.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España